

El presente archivo electrónico está a disposición de las iglesias y partes interesadas como un medio para estimular el examen a nivel personal y ecuménico del texto. En caso de un uso más amplio se aconseja comprar el texto impreso, disponible en WCC Publications. (En caso de divergencias hará fe el texto impreso publicado.)

NATURALEZA Y MISIÓN DE LA IGLESIA UNA ETAPA EN EL CAMINO HACIA UNA DECLARACIÓN COMÚN

Documento de Fe y Constitución 198
CONSEJO MUNDIAL DE IGLESIAS, GINEBRA

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
A. El presente estudio.....	3
B. Objetivo y método	5
C. Invitación	5
I. LA IGLESIA DEL DIOS TRINO.....	7
A. La naturaleza de la Iglesia	7
(I) La Iglesia como don de Dios: Creación de la Palabra y del Espíritu Santo (<i>creatura Verbi et creatura Spiritus</i>).....	7
(II) Perspectivas bíblicas	9
a) La Iglesia como pueblo de Dios.....	10
b) La Iglesia como Cuerpo de Cristo	10
c) La Iglesia como Templo del Espíritu Santo.....	11
(d) La Iglesia como <i>koinonía</i> /Comunión	11
B. La Misión de la Iglesia	13
C. La Iglesia como signo e instrumento del designio y plan de Dios para el mundo	14
II. LA IGLESIA EN LA HISTORIA.....	16
A. La Iglesia <i>in via</i>	16
B. En Cristo, pero todavía sin plena comunión	19
C. Comunión en diversidad.....	19
D. La Iglesia como Comunión de iglesias locales	22
III. LA VIDA DE COMUNIÓN EN Y PARA EL MUNDO	24
A. La fe apostólica	24
B. El Bautismo	25
C. La Eucaristía.....	26
D. El Ministerio de todos los Fieles	28
E. El Ministerio Ordenado	28
F. La Supervisión: personal, comunitaria y colegiada	30
(I) Personal	31
(II) Comunitaria.....	31
(III) Colegiada	32
G. La Conciliaridad y la Primacía.....	32
H. La Autoridad	34
IV. EN EL MUNDO Y POR EL MUNDO.....	36
CONCLUSIÓN.....	39

INTRODUCCIÓN

1. Desde sus comienzos, y especialmente después de su Primera Conferencia Mundial celebrada en Lausana (Suiza), en 1927, el movimiento de Fe y Constitución ha considerado como su razón de ser la unidad de la Iglesia. Así pues, según sus estatutos, la Comisión de Fe y Constitución tiene por objetivo:

proclamar la unidad de la Iglesia de Jesucristo e invitar a las iglesias a que se dirijan hacia la meta de la unidad visible en una sola fe y en una comunidad eucarística expresada en el culto y en la vida común en Cristo, para que el mundo crea.¹

Desde la Asamblea de Amsterdam, en 1948, este objetivo ha estado en el corazón mismo del Consejo Mundial de Iglesias. Por otra parte, en las asambleas del Consejo Mundial de Iglesias, la contribución específica de Fe y Constitución ha sido ahondar en la comprensión común de ese objetivo y en los medios para lograrlo. Cabe señalar una importante contribución de la Asamblea de Canberra (1991) en la declaración: "La iglesia como *koinonía*: don y vocación".² La declaración sostiene que la *koinonía* es tanto el fundamento como la forma de vivir conjuntamente en unidad visible. Esto se refleja en el tema de la Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución: "Hacia la *Koinonía* en la Fe, la Vida y el Testimonio". Y el proceso actual sobre "Hacia un Entendimiento y una Visión Comunes del CMI",³ destaca una vez más que la vocación común de las iglesias es la búsqueda de la unidad visible.

2. Todos los documentos importantes publicados por Fe y Constitución contribuyen de una u otra forma a la comprensión de la naturaleza y la misión de la Iglesia. Por otra parte, los documentos Bautismo, Eucaristía y Ministerio,⁴ Confesar la Fe Común : Una Explicación Ecuménica de la Fe Apostólica tal como se Confiesa en el Credo Niceno-Constantinopolitano (381),⁵ y en La Iglesia y el Mundo: La Unidad de la Iglesia y la Renovación de la Comunidad Humana,⁶ que se enviaron a las iglesias para comentario y recepción, son formas de mantener vivo en la iglesia el imperativo del llamamiento de Cristo a la unidad visible y las características esenciales de esa unidad. Los últimos estudios de Fe y Constitución como los de Bautismo, Identidad Étnica, Antropología y Hermenéutica guardan una estrecha relación con este tema. Asimismo, la Comisión Especial sobre la Participación de las Iglesias Ortodoxas en el CMI ha reafirmado últimamente la absoluta centralidad de la eclesiología en el movimiento ecuménico. Durante el último decenio, los trabajos sobre eclesiología y ética (que eran la continuación de los estudios sobre el racismo y comunidad de mujeres y hombres en la Iglesia, por ejemplo,) han contribuido a la comprensión de la vocación común de los cristianos de estar al servicio de la humanidad y de la creación. Para Fe y Constitución, por su parte, las respuestas de las iglesias a sus estudios, los resultados de los diálogos bilaterales, los trabajos que se llevan a cabo en otros sectores del Consejo Mundial de Iglesias y su reflexión sobre la experiencia de las iglesias unidas y en vías de unión, son aportes que ayudan a comprender la unidad a la que Dios nos llama.

A. El presente estudio

3. La Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución, celebrada en Santiago de Compostela, España, en 1993, recomendó fuertemente la realización de un estudio sobre la naturaleza y el objetivo de la Iglesia. Al dar su apoyo a la recomendación, la Comisión Permanente de Fe y Constitución manifestó que era muy oportuna por diversas razones:

- Ha llegado el momento de que Fe y Constitución reflexione sobre los diferentes aportes que ofrecen sus estudios a un entendimiento de la naturaleza y la misión de la Iglesia.
- Fe y Constitución tiene la posibilidad de aprovechar los resultados de los trabajos realizados en otros sectores del CMI y de los acuerdos teológicos bilaterales.
- A nivel local, nacional y mundial, los cristianos viven la práctica de una comunión cada vez mayor, y tener muy en cuenta la experiencia las iglesias unidas y en vías de unión.
- Los desafíos particulares en muchas regiones requieren que los cristianos respondan juntos sobre lo que significa ser Iglesia ahí en donde viven.
- La situación del mundo exige y merece un testimonio fehaciente de esa unidad en la diversidad, que es don de Dios para toda la humanidad.
- La experiencia del proceso BEM y el creciente interés de muchas iglesias en la eclesiología proporcionan una nueva visión sobre la manera en que numerosos cristianos entienden lo que es ser la Iglesia;
- Los cambios y retos políticos de los últimos años están modificando considerablemente el contexto en el que muchas iglesias existen y, por consiguiente, la manera en que intentan definirse.

4. Las comunidades cristianas particulares no buscan esa unidad visible de las iglesias en un vacío, sino en diversas situaciones específicas. Por este motivo, ningún texto dice todo lo que puede expresarse sobre la Iglesia. Por consiguiente, Fe y Constitución invita a las iglesias de las distintas regiones del mundo a que enriquezcan este estudio con material de información pertinente a las regiones, para permitir que sus propias congregaciones y los miembros de la iglesia puedan abordar directamente los temas que aquí necesariamente se expresan en términos muy generales. La Comisión alienta especialmente a que se haga una reflexión basada en las historias reales de la vida y en el testimonio cristiano provenientes de las distintas regiones del mundo, para que puedan entenderse más claramente tanto los aspectos particulares como los aspectos universales de la Iglesia. Esto resulta ser sumamente importante sobre todo desde la perspectiva de la misión, que es uno de los temas principales del presente estudio. La Misión no es una abstracción, sino que es una experiencia que se vive en respuesta a la gracia de Dios, cuando Dios envía a su Iglesia a dar fiel testimonio en las situaciones reales de cada sociedad. Aunque la necesidad humana es universal, son diversas las formas en que se manifiesta esa necesidad. Para algunos la lucha contra el VIH/SIDA es fundamental, mientras que para otros lo importante es encontrar un lenguaje que permita expresar la realidad espiritual en las culturas aparentemente materialistas. Para algunos, la guerra, la pobreza y la injusticia constituyen el principal contexto de la misión, mientras que para otros lo constituyen las relaciones con otras fes. Para algunos lo primordial es lo espiritual, pero para otros lo es la necesidad material. Por dichos motivos, se intenta prestar atención en este texto a la diversidad de contextos y, al mismo tiempo, se procura ofrecer a las iglesias algunas perspectivas eclesiológicas comunes, que podrían suscitar una reflexión práctica al nivel local, cumpliéndose así con la búsqueda de la unidad cristiana en los distintos entornos.

B. Objetivo y método

5. El objetivo de este estudio es, al fin y al cabo, dar cuenta de lo que las iglesias pueden decir juntas hoy acerca de la naturaleza y la misión de la Iglesia y, dentro de este consenso, examinar en qué medida se pueden superar los demás temas que dividen a las iglesias. Así pues, siguiendo el anterior documento *BEM*, el proceso parece orientarse hacia lo que podría considerarse como un texto de “convergencia”. El presente texto debe permitir que las iglesias inicien los primeros pasos hacia el reconocimiento de una convergencia que ha surgido en un contexto multilateral.

6. El **texto principal** expone las perspectivas comunes, que pueden considerarse en gran medida un resultado de las conversaciones bilaterales y multilaterales de los últimos cincuenta años y de la evolución de las relaciones entre las iglesias durante ese período. Los **textos en los recuadros** se refieren a temas en los que aún hay divergencias tanto dentro de las iglesias como entre las iglesias. Algunas de esas diferencias pueden considerarse por algunos como expresiones de diversidad auténtica; y por otros, como factores de división entre las iglesias. Aunque el cuerpo del texto invita a las iglesias a descubrir o redescubrir cuánto de hecho tienen en común en su concepción de la Iglesia, el texto en los recuadros ofrece a las iglesias la oportunidad de reflexionar acerca de las divergencias que las dividen. Ante la perspectiva de mayores convergencias, esperamos que este texto ayude a cada iglesia a reconocer en las otras a la Iglesia de Jesucristo y que se sientan estimuladas a avanzar en el camino hacia la unidad visible.

7. La Comisión de Fe y Constitución invitó a las iglesias, comisiones, facultades, seminarios e institutos de teología, consejos de iglesias, y a las personas individualmente, a reflexionar sobre el texto “*La Naturaleza y Propósito de la Iglesia*”: *Una etapa en la vía hacia una declaración común*”.⁷ Fe y Constitución agradece a todos aquellos que respondieron a esta invitación y tiene en cuenta que las respuestas no son plenamente representativas de todas las iglesias. No obstante, esperamos que sean evidentes las modificaciones efectuadas en base a las sugerencias recibidas. Una de las sugerencias frecuentes apunta a la necesidad de otorgar mayor énfasis a la misión en el texto. Al efectuar esta modificación tanto en el título como en el texto, hemos procurado que las modificaciones reflejen la continuidad del trabajo anteriormente realizado, y al mismo tiempo, encarar las nuevas cuestiones.

C. Invitación

8. Por providencia de Dios, la Iglesia existe, no para sí misma, sino para estar al servicio de la obra de reconciliación de Dios y para su alabanza y gloria. Es esencial que la iglesia se comprenda a sí misma para que pueda responder adecuadamente a su vocación. Pese a la diversidad del lenguaje y de la teología, la comprensión mutua puede desarrollarse cuando la gente se muestra dispuesta a concederse recíprocamente la posibilidad de utilizar sus propios lenguajes para describirse a si mismos. Por ejemplo, la participación en un consejo de iglesias no implica que todos los miembros consideren a todos los demás miembros como iglesias en el mismo sentido en que se consideran a si mismas. Tal cortesía no es meramente pragmática, sino que puede favorecer un encuentro espiritual entre distintas comunidades, las cuales, a medida que adquieren más confianza, tienen la posibilidad de abordar conjuntamente las cuestiones teológicas. De ahí, la importancia crucial de este estudio sobre la naturaleza y la misión de la Iglesia.

A la luz de este nuevo texto revisado, pedimos que las iglesias particularmente respondan de la manera que consideren mas adecuada a las siguientes preguntas:

- ¿Es que este documento de estudio define correctamente nuestras convicciones eclesiológicas comunes, así como las cuestiones que todavía nos dividen?
- ¿En qué medida cabe reconocer que este documento de estudio refleja el surgimiento de una convergencia acerca de la naturaleza y la misión de la Iglesia?
- ¿Es que existen asuntos importantes en que los intereses de su iglesia no están referidos adecuadamente?
- En la medida en que este documento de estudio constituye un marco útil para los futuros debates eclesiológicos entre las iglesias:
 - ¿De qué manera este documento de estudio puede ayudar a su iglesia a tomar medidas concretas, en conjunto con otras iglesias, con miras a lograr la unidad?
 - ¿Qué sugerencias pueden hacerse para la elaboración de este texto en el futuro?

I. LA IGLESIA DEL DIOS TRINO

A. La naturaleza de la Iglesia

(I) La Iglesia como don de Dios: Creación de la Palabra y del Espíritu Santo (*creatura Verbi et creatura Spiritus*)

9. La Iglesia es la creación del Padre “porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn 3:16), y fue el Padre quien envió al Espíritu Santo para que condujese a los creyentes hacia toda la verdad, recordándoles todo lo que Jesús les ha enseñado (Jn 14:26). La Iglesia es, por lo tanto, la criatura de la Palabra de Dios y del Espíritu Santo. La Iglesia pertenece a Dios, es don de Dios y no puede existir por sí misma y para sí misma. Es misionera por su propia naturaleza, ha sido elegida y enviada para prestar servicio, como instrumento de la Palabra y el Espíritu, como testigo del Reino de Dios.

10. La Iglesia tiene como centro y fundamento la Palabra de Dios. Esta Palabra se ha manifestado en la historia de distintas maneras. “...es la Palabra de Dios hecha carne: Jesucristo encarnado, crucificado y resucitado. Entonces, es la Palabra hablada manifestada en la historia de Dios con el pueblo de Dios y registrada en las Escrituras del Antiguo y el Nuevo Testamento como testimonio hacia Jesucristo. En tercer lugar, es la palabra que se ha escuchado y proclamado en la predicación, testimonio y acción de la Iglesia”.⁸ La Iglesia es la comunión de aquellos, que a través de su encuentro con la Palabra, están en una relación vital con Dios, quien les habla y los llama a responder confiadamente, es la comunión de los fieles. Esta es la vocación común de cada cristiano, que se ejemplifica en la fidelidad de la respuesta de María al ángel de la Anunciación: “He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra (Lc 1:38). Por este motivo, a menudo se considera a María como símbolo de la Iglesia y del cristiano llamado a ser “hermano, y hermana y madre” para hacer la voluntad del Padre que está en los cielos (Mt 12:50). Así pues, la Iglesia es la criatura de la Palabra de Dios (*creatura Verbi*), el Evangelio que como voz viva la crea y la nutre a través de los tiempos. Así se testimonia y se oye esta Palabra divina a través de las Escrituras, que dan testimonio de ella. La Iglesia, por su parte, da testimonio de esa Palabra, que se hace carne en Jesucristo y que es proclamada en la predicación, los sacramentos y el servicio (Mt. 28:19-20; Lc. 1:2; Hechos 1:8; 1Co 15: 1-11).

11. La fe inspirada por la Palabra de Dios es el resultado de la acción del Espíritu Santo (1 Co 12:3).. En las Escrituras, la Palabra de Dios y el Espíritu Santo son inseparables. Como comunión de los fieles, la Iglesia es también creación del Espíritu Santo (*creatura Spiritus*). Así como el Espíritu Santo actuó en la vida de Cristo desde su concepción a través del misterio pascual, y sigue siendo aún hoy el Espíritu del Cristo resucitado, así también en la vida de la Iglesia, el Espíritu forma a Cristo en todos los creyentes y en su comunidad. El Espíritu incorpora a los seres humanos en el cuerpo de Cristo por la fe y el bautismo dándoles vida y fuerza como el cuerpo de Cristo nutrido y sustentado en la Cena del Señor y los conduce al pleno cumplimiento de su vocación.

12. Creación de la propia Palabra de Dios y del Espíritu, la Iglesia de Dios es una, santa, católica y apostólica. Estos atributos esenciales fluyen de Dios e ilustran la dependencia que tiene la Iglesia de Dios por la Palabra y el Espíritu. La Iglesia es **Una**, porque Dios es el único creador y redentor (Jn 17:11, Ef 4:1-6) que uniendo a la Iglesia con él mismo por la Palabra y

el Espíritu, la convierte en el anticipo y el instrumento de la redención de toda la creación. La Iglesia es **Santa**, porque Dios es el Santo (Is 6:3; Lv 11:44-45) que envió a su hijo Jesucristo para vencer toda impiedad, y ha llamado a todos los seres humanos a ser misericordiosos como su Padre (Lc 6:36), santificando a la Iglesia por su Palabra de perdón en el Espíritu Santo y haciéndola suya, transformándola en el cuerpo de Cristo (Ef 5:26-27). La Iglesia es **Católica**, porque Dios es vida en abundancia, “el cual anhela que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2:4), el que, por medio de la Palabra y del Espíritu, hace que su Pueblo sea lugar y el instrumento de su presencia, que salva, vivifica, que sea la comunidad “en la cual, en todos los tiempos, el Espíritu Santo hace que todos los creyentes participen en la vida y salvación de Cristo sea cual sea su sexo, raza o posición social”.⁹ La Iglesia es **Apostólica**, porque la Palabra de Dios, enviada por el Padre, crea y sustenta a la Iglesia. Esta palabra de Dios nos es revelada a través del Evangelio, transmitido en primer lugar por los apóstoles, cuyo testimonio es normativo (Ef 2:20; Ap 21:14), haciendo de la comunión de los fieles una comunidad que vive y se responsabiliza por la sucesión de la verdad apostólica expresada en la fe y en la vida a través de los tiempos.

13. La Iglesia no es meramente la suma de los creyentes individuales en comunión con Dios, ni tampoco primariamente una comunión mutua de creyentes individuales entre ellos mismos. Mas bien se trata de su participación conjunta en la vida de Dios (2 P 1:4) quién como una Trinidad, es la fuente y el foco de toda la comunión. Por ello, es una realidad divina y humana.

La dimensión institucional de la Iglesia y la obra del Espíritu Santo

Todas las iglesias están de acuerdo en que Dios crea a la Iglesia y la une a Él por el Espíritu Santo, por medio de la voz viva del Evangelio proclamado en la predicación y en los Sacramentos. Sin embargo, sus convicciones difieren sobre:

- a) el hecho de si la predicación y los Sacramentos son los medios que utiliza el Espíritu para actuar por la Palabra divina que tiene una acción inmediata en los corazones de los creyentes o si solamente dan testimonio de la actividad del Espíritu;
- b) las consecuencias y los presupuestos institucionales del ser de la Iglesia, *creatura Verbi*: para algunos el ministerio ordenado, en particular el episcopado, es el medio eficaz y la garantía de la presencia de la verdad y el poder de la Palabra del Espíritu de Dios en la Iglesia; para otros, el hecho de que el ministerio ordenado, así como el testimonio de todos los creyentes, estén sujetos a error y pecado, excluye ese juicio, dado que el poder y la fiabilidad de la verdad de Dios se basan en la soberanía de su Palabra y de su Espíritu que actúan por medio de las estructuras institucionales de la Iglesia, aunque, si es necesario, pueden oponerse a las mismas;
- c) la importancia teológica de la continuidad institucional, particularmente la continuidad en el episcopado: aunque para algunas iglesias esa continuidad institucional es el medio necesario y la garantía de la continuidad de la Iglesia en la fe apostólica, para otros la continuidad de la fe apostólica se mantiene, en ciertas circunstancias, a pesar de la ruptura de la continuidad institucional e incluso por medio de ella.

Queda por determinar, para un trabajo teológico futuro, si esas diferencias son verdaderos desacuerdos o meras diferencias de énfasis que pueden conciliarse unas con otras.

(II) Perspectivas bíblicas

14. El Dios Todopoderoso, que da vida a la Iglesia y la une a Él por su Palabra y su Espíritu Santo, es el Dios Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Iglesia se relaciona de forma específica con cada una de esas "Personas" divinas. Esas relaciones específicas arrojan luz sobre diferentes dimensiones de la vida de la Iglesia.

15. En las Escrituras se encuentran numerosas visiones pertinentes a la naturaleza y misión de la Iglesia, aunque no se ofrece una eclesiología sistemática. El concepto bíblico rector en el presente texto se basa en la convicción común de que las Escrituras son normativas y, por lo tanto, constituyen una fuente única y privilegiada que permite comprender la naturaleza y la misión de la Iglesia. La reflexión subsiguiente debe siempre comprometerse y estar en consonancia con las enseñanzas bíblicas. La inter-relación que guardan entre sí los distintos tipos de material, los relatos sobre la fe de las comunidades primitivas, los hechos relativos a sus cultos y práctica del discipulado, la evidencia sobre las distintas funciones de servicio y liderazgo y, por último, las imágenes y metáforas empleadas para expresar la naturaleza de la comunidad, todos estos son recursos que permiten el desarrollo de una comprensión bíblica de la Iglesia. Existe igualmente la riqueza de una fuente que hay que explorar en la interpretación de las Escrituras a lo largo de la historia. El mismo Espíritu Santo que inspiró a las comunidades primitivas sirve de guía a los seguidores de Jesús en cada época y lugar en su anhelo de permanecer fieles al Evangelio. Así es como se entiende la tradición viva de la Iglesia.

16. Es esencial reconocer la gran diversidad de visiones sobre la naturaleza y la misión de la iglesia, que figuran en los distintos libros del Nuevo Testamento, y en su interpretación en la historia subsiguiente. La diversidad no aparece como algo accidental en la vida de la comunidad Cristiana, sino como un aspecto de su catolicidad, una cualidad que refleja el hecho de que es parte del designio del Padre que la salvación en Cristo se fundamente en la encarnación. Por consiguiente, la diversidad es un don de Dios a la Iglesia.¹⁰ No solo se emplea el plural "iglesias" en los distintos pasajes del Nuevo Testamento para indicar que existe una variedad de iglesias locales (Hch 15:41; Ro 16:16; 1 Co 4:17; 7:17; 11:16; 16:1, 19; 2 Co 8:1; Gá 1:2; 1 Ts 2:14), sin que ello contradiga que es un cuerpo de Cristo (Ef 4:4), sino que también se encuentra esa variedad entre los temas y elementos eclesiológicos que se mencionan en los libros en particular. La inclusión de tanta pluralidad dentro del canon del Nuevo Testamento es testimonio de la compatibilidad entre la unidad y la diversidad. De hecho, el argumento relativo a un solo cuerpo con muchos miembros (1 Co 12-14) quiere decir que la unidad es posible solo mediante una coordinación adecuada de los diversos dones del Dios Trino.

17. Se requieren varios enfoques para poder reconocer las diversas visiones bíblicas pertinentes a la naturaleza y la misión de la iglesia. Cuatro de ellas que se han escogido en esta sección, el "Pueblo de Dios, el "Cuerpo de Cristo", el "Templo del Espíritu Santo" y la *koinonía*, han sido elegidos para comentarlos separadamente, porque vistos en conjunto, esclarecen la visión de la iglesia en el Nuevo Testamento en relación con el Dios Trino. Para tener una visión completa del misterio de la Iglesia es preciso el uso y la inter-acción de todas las imágenes y visiones bíblicas (además de las que han sido mencionadas, como la "vid", el "rebaño", la "esposa", la "casa" y la "comunidad de la alianza"), cada una de las cuales contribuye algo vital a nuestra comprensión. Estas imágenes se compensan y complementan mutuamente sus limitaciones. Puesto que cada una de estas imágenes proviene de un contexto

cultural particular, sugieren tanto insuficiencias como posibilidades. En el presente texto se hace el intento de abordar las Santas Escrituras en su totalidad, no oponiendo un pasaje contra otro, sino de tener constantemente en cuenta la totalidad del testimonio bíblico.

a) La Iglesia como pueblo de Dios

18. Al llamar a Abraham, Dios estaba eligiendo para sí un pueblo santo. Los profetas recuerdan frecuentemente esa elección y esa vocación: "Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Jr 31:33; Ez 37:27; palabras a las que se hacen eco 2 Co 6:16; Heb 8:10). Mediante la Palabra (*dabhar*) de Dios y su Espíritu (*rû'ah*), Dios formó a una nación entre todas las naciones como sierva para que aporte la salvación a todas (Is 49: 1-6). La elección de Israel apunta a un momento decisivo en el desenvolvimiento de la realización del plan de salvación. Esta alianza entre Dios y su pueblo entraña muchas cosas, como por ejemplo, la *Torah*, la tierra, un mismo culto, en particular el llamamiento a actuar por la justicia y hablar la verdad. Asimismo, es evidente que la alianza también era una relación de comunión (Os 2; Ez. 16). Sin embargo, es al mismo tiempo un don gratuito, un impulso dinámico hacia la comunión que es evidente en toda la historia del pueblo de Israel, incluso cuando la comunidad rompe esa alianza. A la luz del ministerio, de la enseñanza, de la muerte y la resurrección de Jesús y del envío del Espíritu Santo en Pentecostés, la comunidad cristiana cree que Dios envió a su Hijo para que cada uno pueda estar en comunión con los otros y con Él, manifestando así el don de Dios a todo el mundo. Hay una verdadera novedad en la alianza iniciada por Cristo. No obstante, como "el Israel de Dios" (Gá 6:16), la Iglesia se mantiene vinculada, de manera misteriosa, al pueblo Judío, así como cuando una rama está injertada en la rica raíz del olivo (Ro 11:11-36).

19. En el Antiguo Testamento, el pueblo de Israel es un pueblo peregrino que camina hacia el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham, según la cual serán bendecidas en él todas las naciones de la tierra. En Cristo, esa promesa se cumple cuando, en la cruz, se derriba el muro de separación entre judíos y gentiles (Ef 2:14). Así pues, la Iglesia, que reúne a judíos y gentiles, es el "linaje escogido", el "sacerdocio real", la "nación santa", el "pueblo propio de Dios" (1 P 2:9-10), es una comunidad de profetas. Aunque se reconoce el único sacerdocio de Jesucristo, cuyo solo sacrificio crea el nuevo pacto (Heb 9:15), se llama a los cristianos a que expresen en sus vidas el hecho de haber sido nombrados "sacerdocio real" y "santa nación" En Cristo, que se ofreció a sí mismo, los cristianos ofrecen todo su ser "como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto espiritual" (Ro 12:1). Cada uno de los miembros participa en el sacerdocio de toda la Iglesia. Ninguno ejerce ese sacerdocio fuera del sacerdocio único de Cristo, ni separadamente de los otros miembros del cuerpo. Como pueblo profético y real, los cristianos intentan actuar como testigos de la voluntad de Dios y ejercer influencia sobre los acontecimientos mundiales. A través de los siglos, la Iglesia de Dios prosigue su peregrinación hacia el descanso eterno preparado para ella (Heb 4:9-11). Es un signo profético del cumplimiento de todas las cosas que aportará Dios en Cristo por el poder del Espíritu.

b) La Iglesia como Cuerpo de Cristo

20. Según el diseño de Dios, "vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz" (Ef 2:13-14). El venció la enemistad entre Judíos y Gentiles y mediante la cruz reconciliando con Dios a ambos en un solo cuerpo (Ef 2:16). Este cuerpo es el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (Ef 1:23). Cristo es la cabeza eterna de su cuerpo y, al mismo tiempo, el que le da vida por la presencia del

Espíritu. El que limpia y santifica el cuerpo (Ef. 5:26) es también aquel en quien “nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo” (Ro 12:5; 1 Co 12:12). La imagen del cuerpo de Cristo en el Nuevo Testamento incluye estas dos dimensiones, una expresada en 1 Corintios y Romanos, la otra desarrollada en Efesios.

21. Es por la fe y el bautismo que los seres humanos llegan a ser miembros de Cristo en el Espíritu Santo (1 Co 12:3-13). Mediante la Santa Comunión se renueva constantemente su participación en ese cuerpo (1 Co 10:16). Es ese mismo Espíritu Santo quien confiere la diversidad de dones a los miembros del cuerpo (1 Co 12:4, 7-11) y quien les da su unidad (1 Co 12:12). Todos los miembros reciben dones para la edificación del cuerpo (Ro 12:4-8; 1 Co 12:4-30). La diversidad y naturaleza específica de estos dones enriquecen la vida de la Iglesia y le permiten brindar una mejor respuesta a su vocación como sierva del Señor y como signo efectivo que Dios emplea para hacer avanzar su Reino en el mundo. Así pues, la imagen del “cuerpo de Cristo”, aunque se remite explícitamente, en primer lugar a la dimensión cristológica de la iglesia, tiene, al mismo tiempo, profundas repercusiones pneumatológicas.

c) La Iglesia como Templo del Espíritu Santo

22. La referencia a la relación constitutiva entre la Iglesia y el Espíritu Santo está presente constantemente en el testimonio neotestamentario. Si bien, no existe una imagen explícita para expresar esa relación, el relato sobre el descenso de lenguas, como de fuego, sobre los discípulos que estaban juntos en la mañana de Pentecostés (Hch 2:1-4), es un ejemplo vívido. Las imágenes que más se asemejan a esa relación que se encuentran en el Nuevo Testamento y dan cuenta de esa relación con mayor exactitud, son las del “templo” y de la “casa”. Es así porque la relación del Espíritu con la Iglesia es la de la habitación, de darle vida desde dentro. El Espíritu Santo infunde la vida a la comunidad y la convierte en el heraldo y el instrumento de esa transformación general de todo el cosmos por la cual gime toda la creación (Ro 8:22-23), el cielo nuevo y la tierra nueva (Ap. 21:1).

23. Edificada sobre los cimientos de los apóstoles y los profetas, la Iglesia es la casa de Dios, un templo santo en el que el Espíritu vive y está activo. Por el poder del Espíritu Santo, los creyentes crecen “para ser un templo santo en el Señor” (Ef 2:21-22), una “casa espiritual” (1 P 2:5). Llenos del Espíritu Santo, testifican, (Hch 1:8) oran, aman, trabajan y sirven en el poder del Espíritu, llevando una vida digna de su llamado, procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Ef 4:1-3).

(d) La Iglesia como *koinonía*/Comunión

24. La noción bíblica de *koinonía* (comunión) se ha hecho central en la búsqueda de una concepción común de la naturaleza de la Iglesia y de su unidad visible. El término *koinonía* (comunión, participación, comunidad que comparte) se utiliza no solo en el Nuevo Testamento, sino también en épocas posteriores, particularmente, en los escritos de los Padres de la Iglesia y de la Reforma al referirse a la Iglesia. Aunque el término haya dejado de utilizarse durante algunos períodos, se le vuelve a dar importancia hoy como clave para la comprensión de la naturaleza y la misión de la Iglesia. Debido a su riqueza de significado, es también una noción ecuménica útil para evaluar las diversas formas y el alcance de la comunión lograda por las Iglesias

25. La relación entre Dios, la humanidad y toda la creación es un tema fundamental de las Santas Escrituras. En el relato de la creación, el hombre y la mujer son creados a imagen de Dios, y se manifiesta en ellos el deseo profundo de comunión con Dios, uno con otro y con la

creación de la que son sus administradores, (Gen 1-2). Así toda la creación encuentra su integridad en la *koinonía* con Dios. La comunión está arraigada en el orden mismo de la creación y se realiza, en parte, en las relaciones naturales que se entablan en la familia, entre los parientes, en la tribu y el pueblo. En el centro del Antiguo Testamento se encuentra la relación especial, la alianza, que Dios establece entre Dios y el pueblo elegido (véanse Ex 19:4-6; Os 2:18-23).

26. El designio de Dios en la creación está distorsionado por el pecado, el fracaso y la desobediencia a la voluntad de Dios, y por la rebeldía contra Dios (Gn 3-4; Ro 1:18-3:20). El pecado perjudica la relación entre Dios y la humanidad, entre los seres humanos y entre la humanidad y el orden creado. Pero Dios permanece fiel a pesar del pecado y los errores de su pueblo. La historia dinámica de la obra de Dios para restablecer y aumentar la *koinonía* con la creación llega a su punto culminante y a su realización en la perfecta comunión de un nuevo cielo y una nueva tierra creados por Jesucristo (Ap 21).

27. Las imágenes bíblicas que ya han sido tratadas, al igual que otras imágenes, como "el rebaño" (Jn 10:16), "la viña" (Is 5, Jn 15), "la esposa" de Cristo (Ap 21:2; Ef 5:25-32), "la casa de Dios" (Heb 3:1-6), "la nueva alianza" (Heb 8:8-13), "la santa ciudad, la nueva Jerusalén" (Ap 21:2), describen la naturaleza y la calidad de la relación entre Dios y su pueblo y unos con otros y con el orden creado. El término *koinonía* expresa la realidad a la que se refieren esas imágenes.

28. La forma verbal básica de la que se deriva la palabra *koinonía* significa "tener algo en común", "compartir", "participar", "tener parte en", "actuar juntos" o "estar ligados por un contrato que implica obligaciones y responsabilidades mutuas". La palabra *koinonía* aparece en pasajes importantes, tales como en la participación en la Cena del Señor (1 Co 10:16), en la reconciliación de Pablo con Pedro, Santiago y Juan (Ga 2:9), la ofrenda para los pobres (Ro 15:26; 2 Co 8: 3-4), o para describir la vida y el testimonio de la Iglesia (Hch 2:42-45).

29. Mediante la muerte y la resurrección de Cristo por el poder del Espíritu Santo, los cristianos entran en una comunidad con Dios y unos con otros y participan en la vida y el amor de Dios: "lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn 1:3).

30. La Buena Nueva es el ofrecimiento a todos los pueblos del don gratuito del nacimiento a una vida de comunión con Dios y unos con otros (1Ti 2:4, 2 P 2:9). Pablo habla de la relación de los creyentes (Ga 2:20) con su Señor, al estar "en Cristo" (2 Co 5:17) y Cristo en el creyente, a través del Espíritu Santo que mora en él.

31. Una comunión profunda, duradera, sólo es posible en virtud del don divino de la gracia en Jesucristo; por la fe y el bautismo todos participan en el misterio de la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo (Fil 3:10-11). Y unidos en Cristo por el Espíritu Santo, se juntan a todos los que están "en Cristo": forman parte de la nueva comunión -la nueva comunidad- del Señor resucitado. Como la *koinonía* es también una participación en el Cristo crucificado y resucitado, participar en los sufrimientos y las esperanzas de la humanidad forma parte asimismo de la misión de la Iglesia.

32. Esta nueva vida de comunión se expresa mediante signos visibles y tangibles. Recibir y compartir la fe de los apóstoles; partir y compartir el pan Eucarístico, la intercesión y la oración comunes unos por otros y por las necesidades del mundo; el servicio recíproco en amor; la participación en las alegrías y las tristezas de unos y otros; la ayuda material, la

proclamación y el testimonio de la Buena Nueva en la misión, los esfuerzos comunes para instaurar la justicia y la paz. La comunión de la Iglesia se compone de personas en comunidad y todos contribuyen a su prosperidad.

33. La Iglesia existe por la gloria y alabanza de Dios, para obrar por la reconciliación de la humanidad, en cumplimiento del mandamiento de Cristo. Por la voluntad de Dios, la comunión en Cristo, que se realiza en la Iglesia, se extiende a toda la creación (Ef 1:10). La Iglesia, como comunión, es un instrumento para el cumplimiento del designio último de Dios (Ro 8:19-21; Col 1:18-20).

B. La Misión de la Iglesia

34. El designio de Dios es reunir a toda la creación bajo el señorío de Cristo (Ef 1:10), conducir a la humanidad y a toda la creación hacia la comunión. Como reflejo de la comunión en el Dios Trino, la Iglesia está llamada por Dios a ser el instrumento del cumplimiento de ese objetivo. Está llamada a manifestar la misericordia de Dios a la humanidad, y a dirigirla hacia su propósito, alabar y glorificar a Dios con todas las huestes celestes. La misión de la Iglesia es servir en el designio de Dios como un don al mundo a fin de que todos crean (Jn 17:21).

35. Como personas que reconocen a Jesucristo como Dios y salvador, los cristianos están llamados a proclamar el Evangelio de palabra y obra. Deben proclamar la buena nueva del reino de Dios a los que no lo han escuchado, así como a los que ya no viven de conformidad con el Evangelio. Están llamados a vivir sus valores y a ser el anticipo de ese reino en el mundo. Así pues, la misión forma parte de la esencia misma de la Iglesia. Es la consecuencia central de la afirmación de la apostolicidad de la Iglesia, la cual es inseparable de los otros tres atributos de la Iglesia, la unidad, la santidad y la catolicidad. Estos cuatro atributos están relacionados tanto con la naturaleza del propio ser de Dios como con las exigencias prácticas de la verdadera misión.¹¹ Si uno de estos atributos es deficiente en la vida de la Iglesia, la misión de la Iglesia se encuentra comprometida.

36. Así pues, la Iglesia, al encarnar en su vida el misterio de la salvación y la transfiguración de la humanidad, participa en la misión de Cristo, que es reconciliar todas las cosas con Dios y unas con otras (2 Co 5:18-21; Ro 8:18-25). Por su culto (*leitourgia*); el servicio que incluye su administración de la creación (*diakonia*); y la proclamación (*kerygma*), la Iglesia participa en la realidad del reino de Dios y apunta a ella. En el poder del Espíritu Santo, la Iglesia da testimonio de la misión divina, según la cual el Padre envía a su Hijo para ser el salvador del mundo.

37. En el ejercicio de esa misión, la Iglesia no puede ser la Iglesia sin dar testimonio (*martyria*) de la voluntad divina de salvación y de transformación del mundo. Por ello, la Iglesia comenzó inmediatamente a predicar la Palabra, a dar testimonio de las grandes obras de Dios y a invitar a cada uno a arrepentirse (*metanoia*) y a ser bautizado (Hch 2:37-38) y a tener la vida en abundancia de que disfrutaran los seguidores de Cristo (Jn 10:10).

38. Así como la misión de Cristo consistió tanto en predicar la Palabra de Dios como en cuidar de los que sufren, de los que están necesitados, la Iglesia apostólica, en su misión, ha asociado desde los comienzos la proclamación de la Palabra con el llamamiento al arrepentimiento, la fe, el bautismo y a la *diakonía*. La Iglesia considera esa misión como una dimensión esencial de su identidad. De esta forma, es signo de la nueva humanidad que Dios desea y participa en ella, es un anticipo de esa nueva humanidad y, al mismo tiempo, sirve

para proclamar la gracia de Dios en todas las situaciones y necesidades humanas, hasta que Cristo venga con toda su gloria (Mt 25:31).

39. Como el sufrimiento forma parte de la condición de siervo en Cristo, es evidente que, como dicen los escritos del Nuevo Testamento que el testimonio (*martyria*) de la Iglesia implica el camino de la cruz, sea a nivel individual, sea a nivel comunitario, incluso hasta llegar al martirio (Mt 10:16-33; Mt 16:24-28).

40. La Iglesia está llamada a compartir el sufrimiento de todos, y tiene la capacidad para hacerlo, mediante la defensa y el cuidado de los pobres, los necesitados y los marginados. Esto significa que es necesario analizar críticamente y denunciar las estructuras injustas, así como actuar en favor de su transformación. La Iglesia está llamada a proclamar las palabras de esperanza y consuelo del Evangelio mediante sus obras de compasión y de misericordia (Lc 4:18-19). Este fiel testimonio puede implicar a los cristianos en el sufrimiento por causa del Evangelio. La Iglesia está llamada a curar y reconciliar relaciones humanas rotas y ser el instrumento de Dios para reconciliar allí donde hay divisiones y odio (2 Co. 5:18-21). También está llamada, con todos los hombres y las mujeres de buena voluntad, a velar por la integridad de la creación, considerando como un pecado la degradación y la destrucción de la creación de Dios, y a participar en la obra sanadora de Dios en aquellas relaciones rotas entre la creación y la humanidad.

41. En el poder del Espíritu Santo, la Iglesia está llamada a proclamar fielmente todas las enseñanzas de Cristo y a compartir la buena nueva del Reino, es decir, la totalidad de la fe, de la vida y del testimonio apostólicos con cada uno y a través de todo el mundo. Así pues, la Iglesia procura proclamar fielmente y vivir el amor de Dios para con todos y cumplir la misión de Cristo para la salvación y la transformación del mundo, para la gloria de Dios.

42. Dios restaura y enriquece la comunión con la humanidad, ofreciéndole vida eterna en su ser trinitario. Y por medio de la humanidad redimida, el mundo en su totalidad está destinado a lograr el objetivo de la restauración y la salvación. Este plan divino habrá de cumplirse en el nuevo cielo y la nueva tierra (Ap 21:1) en el sagrado Reino de Dios.

C. La Iglesia como signo e instrumento del designio y plan de Dios para el mundo

43. La Iglesia, una, santa, católica y apostólica es el signo y el instrumento del designio y plan de Dios para todo el mundo. La Iglesia, que ya participa en el amor y la vida de Dios, es un signo profético que apunta, trascendiéndose a sí misma, al objetivo de toda la creación, el cumplimiento del Reino de Dios. Por este motivo, Jesús llamó a sus seguidores la “sal de la tierra”, “la luz del mundo” y la “ciudad edificada sobre un monte” (Mt 5:13-16).

44. Consciente de la presencia redentora de Dios en el mundo, la Iglesia ya alaba y glorifica al Dios Trino en su culto y en su discipulado, y está al servicio del plan de Dios. Sin embargo, la Iglesia hace esto no sólo para sí, sino más bien para alabar y dar gracias a Dios en nombre de todos los pueblos por su gracia y el perdón de los pecados.

45. Reconocer la naturaleza de la Iglesia como "*mysterion*" (Ef 1:9-10; 5:32) indica el carácter trascendente de su realidad dada por Dios como Iglesia una, santa, católica y apostólica, y que nunca puede captarse plena e inequívocamente tan solo en su apariencia visible. Así pues, las estructuras visibles organizativas de la Iglesia deben verse y juzgarse,

para bien o para mal, siempre a la luz de los dones divinos de salvación en Cristo que se celebran en la Liturgia (Heb 12:18-24).

46. Como instrumento del plan de Dios, la Iglesia es la comunidad de las personas llamadas por Dios y enviadas como discípulos de Cristo para proclamar la Buena Nueva de palabra y obra, para que el mundo crea (Lc 24:46-49). Por lo tanto, hace presente en toda la historia “la entrañable misericordia de nuestro Dios” (Lc 1:78).

47. Enviados como discípulos de Cristo, el pueblo de Dios debe dar testimonio y participar en la obra divina de reconciliación, curación y transformación de la creación. Así pues, la integridad de la Iglesia, como instrumento de Dios, es lo que está en juego en su testimonio, mediante la proclamación y los actos concretos con todos los seres humanos de buena voluntad en favor de la justicia, la paz y la integridad de la creación.

II. LA IGLESIA EN LA HISTORIA

A. La Iglesia *in via*

48. La Iglesia es una realidad escatológica, que anticipa ya el Reino. Sin embargo, la Iglesia en la tierra no es todavía la plena realización del Reino. Al ser también una realidad histórica está sujeta a la ambigüedad de toda la historia humana y, por lo tanto, requiere constante arrepentimiento y renovación para poder responder plenamente a su vocación.

¿Es la Iglesia un "Sacramento"?

Aunque todas las iglesias coinciden en que la iglesia es un signo y un instrumento, algunas iglesias expresan su concepto de la realidad de la iglesia en términos sacramentales, mientras que otras consideran a la iglesia como Sacramento. Otras iglesias no suelen utilizar esta expresión o la rechazan rotundamente.

Las iglesias que utilizan esta expresión lo hacen porque consideran, ante todo, a la Iglesia como un signo efectivo de lo que Dios desea para el mundo, o sea, la comunión de todos los seres entre sí y con el Dios Trino y el regocijo para el cual Dios creó al mundo (sin tener en cuenta la pecaminosidad de los cristianos).

Las iglesias que no aplican el concepto de Sacramento a la Iglesia no lo hacen al menos por las dos razones siguientes: (1) la necesidad de hacer una clara distinción entre Iglesia y Sacramentos. Estos últimos son los medios de salvación por los que Cristo sustenta a la Iglesia, y no actos por los que la Iglesia se realiza o se actualiza; y (2) el empleo del término "Sacramento" aplicado a la Iglesia puede ocultar el hecho de que, para esas iglesias, la Iglesia es el signo y el instrumento de la intención y plan de Dios, pero lo es como una comunión que, aunque es santa, sigue sujeta al pecado.

Detrás de esta falta de consenso, hay diversas opiniones sobre la instrumentalidad de la Iglesia en lo referente a la salvación. Sin embargo, aquellos que se han acostumbrado a llamar a la Iglesia "Sacramento" siguen haciendo una distinción en las formas, en que el bautismo y la Cena del Señor, por una parte, y la Iglesia, por la otra, son signos e instrumentos del plan de Dios. Ahora bien, aquellos que no emplean la frase "la Iglesia como Sacramento" no obstante, sostendrían que la Iglesia es el santo instrumento del divino propósito de Dios (véase el siguiente recuadro, bajo el párrafo 56).

49. Por un lado, la Iglesia ya participa en la comunión de Dios, en la fe, la esperanza, el amor y la glorificación de su nombre, y vive como una comunión de personas redimidas. A causa de la presencia del Espíritu y de la Palabra de Dios, la Iglesia como *creatura Verbi* y *creatura Spiritus* (véanse párrafos 10 y siguientes), como comunión de todos los creyentes que Dios mantiene en relación personal con El (véase párrafo 11), como pueblo de Dios (véanse párrafos 19-20), es ya la comunidad escatológica que Dios quiere.

50. Por otro lado, la Iglesia está constituida de seres humanos que aunque son miembros del cuerpo de Cristo abiertos al libre poder del Espíritu Santo (Jn 3:8), con corazones iluminados y conciencias obedientes, están todavía sometidos a las condiciones de este mundo. Por consiguiente, la Iglesia está afectada por esas condiciones y está expuesta:

- al cambio, lo que significa que puede evolucionar y crecer de forma positiva, así como de forma negativa, o decaer o distorsionarse;
- al condicionamiento individual, cultural e histórico, que puede contribuir a enriquecer sus percepciones y sus expresiones de la fe, pero también ciertas tendencias relativizadoras o absolutizando determinados puntos de vista
- al poder del pecado.

51. Una experiencia particularmente sorprendente de debilidad y fallo humanos que ha afligido a la comunidad cristiana *in via* se debe a la profunda discrepancia que a veces existe, por una parte, entre la pertenencia a la iglesia y, por la otra, la profesión y práctica activas de la fe cristiana. Muchas de nuestras comunidades se enfrentan a un desafío cuando algunos de sus miembros pertenecen sin creer, mientras que otros miembros se alejan de la iglesia, porque consideran que pueden “creer sin pertenecer”. El desafío que consiste en vivir nuestra fe como miembros de una comunidad de creyentes, en la cual todos los integrantes son cristianos profundamente comprometidos y a la cual desean pertenecer todos aquellos que creen sinceramente, es un desafío al que todos nos enfrentamos y que traspasa los límites que nos dividen.

52. La unicidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad de la Iglesia, son dones de Dios y son atributos esenciales de la naturaleza y la misión de la Iglesia. Sin embargo, existe una tensión constante en la vida histórica de la Iglesia entre lo que ya se ha dado y lo que todavía no se ha realizado plenamente.

53. La **unicidad** esencial, que es inherente a la naturaleza misma de la Iglesia y le es dada en Jesucristo, se contradice con la situación de división real que existe dentro y entre las iglesias. Así pues, a pesar de todas las divisiones, la unidad dada a la Iglesia ya se manifiesta en el único Evangelio presente en todas las iglesias y aparece en muchos aspectos de sus vidas (Ef 4:4-5; 1 Ti 2:5; Hch 4:12). Las lamentables divisiones entre las iglesias, que en parte tienen como causa el pecado, pero que se deben también al sincero intento de los cristianos de mantenerse fieles a la verdad. Trabajar por la unidad de la Iglesia es trabajar para que encarne de la manera más visible la unidad que forma parte de su naturaleza.

54. La **santidad** esencial de la Iglesia, se opone al pecado, individual y colectivo. Existe testimonio de esta santidad en cada generación, en las vidas de los santos hombres y mujeres, así como en las santas palabras que la Iglesia proclama y las santas obras que lleva a cabo en nombre de Dios, el Todo Santo. No obstante, en la historia de la Iglesia, el pecado ha deformado una y otra vez su testimonio y es contrario a la naturaleza verdadera de la Iglesia y a su vocación. Por ello, Dios reitera una y otra vez el ofrecimiento de perdón a la Iglesia acompañado de un llamamiento al arrepentimiento, la renovación y la reforma. Responder a ese llamamiento es encarnar plenamente y de manera visible la santidad, que es inherente a su naturaleza.

55. La **catolicidad**, que es un atributo esencial de la Iglesia, está confrontada con las divisiones que existen entre y dentro de las comunidades Cristianas en la manera en que viven y predicán el Evangelio. Su catolicidad trasciende todas las barreras y proclama la palabra de Dios a todos los pueblos. Ahí donde todo el misterio de Cristo está presente, ahí también la Iglesia es católica. Sin embargo, la catolicidad de la iglesia está retada por el hecho de que la integridad del Evangelio no se predica debidamente a todos, o no se ofrece a todos la plenitud de la comunión. Sin embargo, el Espíritu dado a la Iglesia es el Espíritu del Señorío de Cristo

sobre toda la creación y todos los tiempos. La Iglesia está llamada a quitar todos los obstáculos que impiden la plena realización de lo que ya es su naturaleza por el poder del Espíritu Santo.

56. La **apostolicidad**, como rasgo esencial de la Iglesia, está en contradicción con los defectos y los errores de las iglesias en su proclamación de la Palabra de Dios. Con todo, ha habido testimonio de esta apostolicidad en las múltiples formas en que la Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo, ha sido fiel al testimonio de los apóstoles referente a Jesucristo. Así pues, la Iglesia está llamada a volver constantemente a la verdad apostólica y a renovarse en su culto y su misión derivados de su origen apostólico (Hch 2:42-47). Y, al hacerlo, hace visible y le hace justicia al Evangelio apostólico que ya le es dado y que está actuando en ella en el Espíritu y haciéndola la Iglesia.

La Iglesia y el pecado

Todas las iglesias convienen en reconocer la existencia del pecado, individual y colectivo, en la historia de la Iglesia (Ap 2:2). Sin embargo, difieren en cuanto a cómo debería entenderse y expresarse esta realidad.

Para algunos es imposible decir que "la Iglesia peca", porque consideran que la Iglesia es un don de Dios que participa en la santidad de Dios. La Iglesia es la esposa sin mancha de Cristo (Ef 5:25-27), es una comunión del Espíritu Santo, es el pueblo santo de Dios, justificado por la gracia a través de la fe en Cristo (Ro 3:22, Ef 2:8-9). Como tal, la Iglesia no puede pecar. Este don de la Iglesia es vivido por seres humanos frágiles, vulnerables al pecado, pero los pecados de los miembros de la Iglesia no son los de la Iglesia. La Iglesia es más bien el lugar de salvación y de curación (Is 53; Lc 4:16-19). Según esta perspectiva, se puede y se debe hablar únicamente del pecado de los miembros y de los grupos dentro de la Iglesia, situación descrita en la parábola del trigo y de la cizaña (Mt 13:24-30) y en la fórmula agustiniana del *corpus permixtum*.

Otros, aunque sostienen que la Iglesia, creación de la Palabra y del Espíritu de Dios, cuerpo de Cristo, es santa y sin pecado, dicen, al mismo tiempo, que sin embargo peca, porque definen a la Iglesia como comunión de sus miembros, que aunque sean creyentes justificados llevados al nacimiento por el Espíritu y formen el cuerpo de Cristo, siguen siendo seres humanos pecadores en este mundo (1 Jn 1:8-10).

Aún así, otros creen que aunque no se puede hablar de los pecados de la Iglesia, el pecado en la Iglesia puede llegar a ser sistémico y afectar también a la institución.

Aunque existen estos distintos conceptos relativos a la Iglesia y el pecado, cabe preguntar si acaso todas las iglesias no podrían estar de acuerdo con la siguiente proposición:

La relación entre el pecado y la santidad de la Iglesia no es una relación de dos realidades iguales, puesto que el pecado y la santidad no existen en el mismo nivel. Por el contrario, la santidad denota la naturaleza de la Iglesia y la voluntad de Dios a través de ella, mientras que el pecado es contrario a ambas a (1 Co 15:21-26)

B. En Cristo, pero todavía sin plena comunión

57. Una de las bendiciones del movimiento ecuménico ha sido el progresivo y creciente descubrimiento de los múltiples aspectos de la vida en Cristo, que comparten nuestras iglesias todavía divididas. Todos participamos de alguna manera en Jesucristo, aunque todavía no vivimos plenamente en comunión los unos con los otros. Esas divisiones entre las iglesias son un obstáculo para la misión de la Iglesia. No solamente la misión tiene como objetivo último la *koinonía* de todos, sino que el escándalo de la división frustra la efectividad de la misión. Jesús rogó para que todos sus discípulos sean uno precisamente “para que el mundo crea” (Jn 17:21). Por consiguiente, la misión está fundamentalmente vinculada al propio ser de la Iglesia como *koinonía* (1 Jn 1:1-3). Es por eso que la restauración de la unidad entre los cristianos es una tarea tan urgente, que se logra tanto a través de un diálogo responsable sobre los aspectos que siguen dividiéndolas, como a través de la constante renovación de sus vidas.

58. El incremento de la comunión entre nuestras iglesias se despliega dentro del contexto de esa comunión más amplia entre cristianos que se remonta hacia el pasado y se extiende hacia el futuro. Por el poder del Espíritu Santo, la Iglesia vive en comunión con Cristo Jesús, en quien todo lo que está en el cielo y en la tierra se reúne en la comunión del Dios Santísimo: es la comunión de los santos. El destino final de la Iglesia, es estar destinada a participar en una relación íntima con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a alabar a Dios y disfrutarlo para siempre (Ap 7:9-10; 22:1-5).

59. Por el simple hecho de haber sido creados, existe un vínculo natural entre los seres humanos y entre la humanidad y la creación. “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Co 5:17). Aún así, la nueva vida de comunión se construye a partir de la comunión dada en la creación y se transforma pero nunca reemplaza totalmente, lo que se ha dado en la creación. Nunca puede llegar a superar plenamente en la historia las distorsiones de las relaciones entre los seres humanos que son causadas por el pecado. La participación en Cristo está generalmente limitada y sólo parcialmente realizada. Por consiguiente, la nueva vida entraña la necesidad constante de arrepentimiento, de perdón mutuo y de restauración. Pertenece a la esencia de la comunión con Dios que los miembros del cuerpo de Cristo oren, día tras día, “Perdónanos nuestros pecados” (Lc 11:4; Mt 6:12). Pero el Padre nos limpia de todos nuestros pecados en la sangre de su hijo Jesús y si confesamos nuestros pecados, seremos perdonados (1 Jn 1:7-10). Sin embargo, hay un gozo verdadero de la vida nueva aquí y ahora y una anticipación confiada del momento en que se participará plenamente en la comunión en la vida venidera.

C. Comunión en diversidad

60. La diversidad en la unidad y la unidad en la diversidad son dones de Dios a la Iglesia. Por el Espíritu Santo, Dios otorga diversos dones complementarios a todos los fieles, para el bien de todos y para que puedan servir en la comunidad y en el mundo (1 Co 12:7 y 2 Co 9:13). Nadie se basta a sí mismo. Los discípulos están llamados a ser uno, pero se ven enriquecidos por su diversidad, a estar plenamente unidos aunque respetuosos de la diversidad de las personas y de las comunidades (Hch 2; 15; Ef 2:15-16).

61. La vida y el testimonio cristianos presentan una rica diversidad que proviene de la pluralidad de contextos culturales e históricos. El Evangelio debe encarnarse y ser vivido auténticamente en todos y en cada lugar. Tiene que ser proclamado en el lenguaje, símbolos e imágenes que se comprometan y sean pertinentes a su época y a sus contextos particulares.

La comunión de la Iglesia exige una interacción constante de las expresiones culturales del Evangelio, para que todo el pueblo de Dios pueda apreciar las riquezas del Evangelio.¹² Los problemas que podrían surgir serían:

- cuando una cultura trata de acaparar el Evangelio y pretende ser la única forma auténtica de celebrar el Evangelio;
- cuando una cultura trata de imponer su forma de expresar el Evangelio a otras como siendo la única expresión auténtica;
- cuando una cultura considera que es imposible reconocer como fiel proclamación del Evangelio la que se realiza en otra cultura.

62. No debe ahogarse la diversidad auténtica de la vida en comunión y no hay que renunciar a una unidad auténtica. Cada iglesia local debe ser el lugar donde se dan garantías de dos cosas al mismo tiempo; la salvaguardia de la unidad y la posibilidad de una legítima diversidad. La diversidad como enriquecimiento tiene límites y cuando se traspasan esos límites no sólo es inaceptable sino que perjudica el don de la unidad. Del mismo modo, la unidad, particularmente cuando tiende a identificarse con la "uniformidad", puede ser perjudicial para la auténtica diversidad y volverse entonces inaceptable. Mediante una fe compartida en Cristo, expresada en la proclamación de la Palabra, la celebración de los Sacramentos y una vida de servicio y de testimonio, cada comunidad cristiana local participa en la vida y el testimonio de todas las comunidades cristianas en todo lugar y en todos los tiempos. Un ministerio pastoral al servicio de la unidad y del mantenimiento de la diversidad es uno de los muchos carismas que ha recibido la Iglesia. Contribuye a que aquellos que tienen dones y puntos de vista diferentes puedan responsabilizarse unos a otros dentro de la comunión.

63. La diversidad no es lo mismo que la división. En la Iglesia, las divisiones (herejías y cismas), así como los conflictos políticos y las expresiones de odio amenazan el don divino de comunión. Los cristianos están llamados a trabajar sin descanso para superar las divisiones, impedir que las diversidades legítimas se transformen en causa de división y vivir una vida de diversidades reconciliadas.

¿Tiene límites la diversidad?

Aunque todos reconocen la gran diversidad de la Iglesia, suele manifestarse una tendencia (consciente o inconsciente) a dar más valor a algunos aspectos de esta diversidad que a otros. Esta tendencia es particularmente evidente en la diversidad de nuestra posición sobre cuestiones particulares, como por ejemplo, en la diversidad de nuestro culto.

(a) La diversidad de expresiones del Evangelio, de palabra y obra, puede enriquecer la vida en comunión.. Hay énfasis particulares en la vida y testimonio de las iglesias diferentes. ¿En qué medida la importancia dada a esos diferentes aspectos refleja posiciones contradictorias o son una expresión de la diversidad legítima?, ¿es que esa importancia que se le da a los diferentes énfasis podría oscurecer la plenitud del mensaje del Evangelio?

(b) ¿Qué valor dan los cristianos a la identidad eclesial y confesional? Para algunos, el

mantenimiento de esa identidad, en un futuro previsible o incluso permanentemente, e incluso en una vida de *koinonía*, es necesario para salvaguardar verdades particulares y ricas diversidades legítimas que forman parte de una vida de comunión. Otros entienden que el objetivo de la comunión visible está más allá de las respectivas identidades eclesiales o confesionales: es una comunión en la que se reúnen las riquezas preservadas por las tradiciones confesionales en el testimonio y la experiencia de una fe y una vida comunes. Para otros, el modelo de "diversidad reconciliada" sigue siendo convincente. Sin embargo, la mayoría conviene en que hay que abrirse a la unidad a la que Dios nos llama y que al avanzar paso a paso bajo la dirección del Espíritu Santo (véase Jn 16:13), la unidad visible aparecerá de forma más clara. Las iglesias entienden de diferentes formas su relación con la Iglesia, una, santa, católica y apostólica. Esas diferencias tienen una incidencia en la manera en que se relacionan con las otras iglesias y en su concepción del camino a seguir hacia la unidad visible.

(c) Para que las Iglesias puedan avanzar aun más hacia el pleno reconocimiento recíproco y la plena comunión, es necesario que reflexionen sobre cómo entienden y afirman su propia identidad eclesial y cómo consideran la situación de otras iglesias y de otros cristianos.

Según un primer tipo de eclesiología, la Iglesia se identifica exclusivamente con la propia comunidad y coloca en un vacío eclesiológico a otras comunidades o personas que afirman su identidad como iglesias. Según una versión modificada de esta eclesiología, se acepta que otras comunidades tengan características de la Iglesia, que puedan conducir a aquellos que las disfrutan hacia una comunión real (aunque imperfecta) fuera de la nuestra. Otra variante de este tipo de eclesiología presenta una visión pneumatológica de la existencia de vida cristiana fuera de los límites de nuestra propia comunidad, algo, que no obstante, se podría identificar como Iglesia.

Un segundo tipo de eclesiología, que aunque pretenda para su propia comunidad un lugar de pleno derecho en la Iglesia católica, concede un *status* equivalente a algunas otras comunidades (aunque en la realidad puedan diferir sobre el alcance y la forma de comunión entre sus propias comunidades y esas otras). Una de las variantes de este concepto es lo que se ha denominado como "teoría de los ramas" o la teoría de los *tropoi*, que se emplea para describir la situación de las distintas Iglesias. Otra de las variantes es el "denominacionalismo", que permite la coexistencia de un gran espectro de iglesias como organizaciones independientes, que, al mismo tiempo, constituyen en conjunto, "la Iglesia Universal". Otra variante es el concepto de "familias culturales de iglesias", según la cual cada una tiene igual valor.

Un tercer tipo de eclesiología ni identifica a la propia comunidad con la Iglesia Una, ni tampoco se refiere a los elementos o los distintos grados de plenitud de la Iglesia; tampoco coloca a todos los cuerpos eclesiales en un mismo nivel. Por el contrario, afirma que la Iglesia Una de Cristo existe en todas partes en donde se proclama debidamente el Evangelio y se administran correctamente los sacramentos, puesto que Cristo está presente y obra en dondequiera que estos medios de su gracia se encuentren presentes. Sin embargo, según esta posición hay una diferencia entre los cuerpos eclesiásticos históricos en lo referente a la congruencia entre su práctica y enseñanza oficiales, por una parte, y el Evangelio presente en ellas, por la otra. Aunque en algunas iglesias existe esa correspondencia, en otras iglesias, el Evangelio está envuelto en enseñanzas y prácticas

que lo contradicen. Según este concepto, siempre y cuando los medios reconocibles de la gracia de Cristo se encuentren presentes, incluso esas contradicciones no pueden impedir su presencia, ni suprimir el hecho de pertenecer a su cuerpo, la Iglesia Una. Pero tienden a establecer una diferencia de jerarquía y *status* entre las iglesias históricas que es debido superar.

(d) Una de las cuestiones urgentes del ecumenismo es discernir si es posible y cómo las iglesias en esta fase del Movimiento Ecuménico puedan ser responsables mutuamente a fin de poder apoyarse unas a otras en la unidad y la diversidad legítima, e impedir que nuevos problemas puedan llegar a ser causa de división en y entre las iglesias.

D. La Iglesia como Comunión de iglesias locales

64. Desde el comienzo, se han mantenido contactos entre las iglesias locales mediante ofrendas, el intercambio de cartas, las visitas y expresiones concretas de solidaridad (1 Co 16; 2 Co 8:1-9; Gl 2:9 y siguientes, etc.). Durante los primeros siglos, de tanto en tanto, las iglesias locales se reunían para deliberar juntas. Todas estas eran formas de sustentar la interdependencia y mantener la comunión.

65. La comunión de la Iglesia se expresa en la comunión entre las iglesias locales, en cada una de las cuales reside la plenitud de la Iglesia. La comunión de la Iglesia abarca a las iglesias locales de cada lugar, de todos los lugares y de todos los tiempos. Las iglesias locales se mantienen en la comunión de la Iglesia en virtud del solo Evangelio,¹³ el solo bautismo y la sola Cena del Señor, todos servidos por un ministerio común. Esta comunión de iglesias locales no es algo adicional facultativo, sino que es un aspecto esencial de lo que significa ser la Iglesia.

66. La comunión de las iglesias locales se sustenta mediante los elementos vivos de la apostolicidad y la catolicidad: las Escrituras, el bautismo, la comunión y el servicio de un ministerio común. Como "vínculos de comunión", estos dones están al servicio de la auténtica continuidad de la vida de toda la Iglesia y ayudan a sustentar a las iglesias locales en una comunión de verdad y de amor. Se ofrecen para mantener la integridad de la Iglesia como Iglesia una de Jesucristo, la misma ayer, hoy y mañana. La meta de la búsqueda de la plena comunión logra su objetivo cuando todas las iglesias puedan reconocer en las otras a la Iglesia una, santa, católica y apostólica en toda su plenitud. Esta plena comunión se expresará a nivel local y universal mediante formas conciliares de vida y acción. En esa comunión de unidad y de diversidades auténticas, las iglesias están unidas en todos los aspectos de su vida juntas y a todos los niveles, en la confesión de la misma fe, en el culto y en el testimonio, en la deliberación y en la acción.

La iglesia local

El término "iglesia local" se utiliza con un sentido diferente según las distintas tradiciones. Para algunas tradiciones, la iglesia "local" es la congregación de los creyentes reunida en un lugar para escuchar la Palabra y celebrar los Sacramentos. Para otros, el término iglesia "local" o "particular" remite al obispo y a los fieles junto a él, reunidos para escuchar la Palabra y celebrar los Sacramentos. En algunas iglesias el término "iglesia local" designa tanto la diócesis como la parroquia. A otro nivel, el término "iglesia local" puede referirse

a las diversas diócesis o a las iglesias regionales reunidas en una estructura sinodal bajo una presidencia. Existen distintos conceptos eclesiológicos detrás de estas formulaciones, sin embargo, la mayoría de las Iglesias coinciden en que cada iglesia local, sea como sea que se le defina, está unida a cada una de las otras en la Iglesia universal y posee en sí la plenitud de lo que es la Iglesia.. A menudo existe una discrepancia entre la descripción teológica de iglesia local y la forma en que los fieles experimentan esa iglesia local.

III. LA VIDA DE COMUNIÓN EN Y PARA EL MUNDO

67. Dios da a la Iglesia todos los dones y todos los recursos necesarios para su vida y su misión en y para el mundo. Dios le otorga la gracia de la fe apostólica, el bautismo y la Eucaristía como medios de gracia a fin de crear y sustentar la koinonía. Estos y otros medios sirven para animar al pueblo de Dios en su proclamación del Reino y en su participación en las promesas de Dios.

A. La fe apostólica

68. La Iglesia está llamada, en todo tiempo y en todo lugar, a "perseverar en la enseñanza de los apóstoles" (Hch 2:42). "La fe que ha sido una vez encomendada a los santos" (Jud v.3) es la fe de la Iglesia a través de los siglos.

69. La fe apostólica es testimoniada de forma especial en las Santas Escrituras. Esta fe está articulada en el credo niceno-constantinopolitano (381).¹⁴ La Iglesia está llamada a proclamar la misma fe en cada generación, en todos y en cada lugar. Cada iglesia, allí donde se encuentra, está desafiada en el poder del Espíritu Santo a hacer que esa fe sea pertinente y viva en su respectivo contexto religioso, político, social y cultural. Aunque la fe apostólica debe interpretarse en tiempos y lugares siempre en evolución,¹⁵ debe estar en continuidad con el testimonio original de la comunidad apostólica y de la explicación fiel de ese testimonio a través de los tiempos.

70 La fe apostólica no se remite a una única fórmula rígida o a una fase específica de la historia cristiana. La fe que se transmite mediante la tradición viva de la Iglesia es la fe suscitada por la Palabra de Dios e inspirada por el Espíritu Santo, y atestiguada en las Santas Escrituras. Su contenido se expone en los Credos de la Iglesia primitiva y en otras formas que también dan testimonio de esa fe. Es proclamada en las muchas Confesiones de Fe de las iglesias y se predica hoy en todo el mundo. Esta fe se expresa en los Cánones y en los libros de Disciplina provenientes de los numerosos períodos y etapas de la vida de las iglesias. Por lo tanto, la fe apostólica se confiesa en el culto, la vida, el servicio y la misión, es decir, en las tradiciones vivas de la Iglesia.

71 La tradición apostólica de la Iglesia es la continuidad de las características permanentes de la Iglesia de los apóstoles: el testimonio de la fe apostólica, la proclamación y una interpretación renovada del Evangelio, la celebración del bautismo y la Eucaristía, la transmisión de las responsabilidades ministeriales, la comunión en la oración, el amor, la alegría y el sufrimiento, el servicio a los enfermos y a los necesitados, la comunión entre las iglesias locales y los dones divinos compartidos que han sido dados a cada uno.

72 En la tradición apostólica, el credo niceno-constantinopolitano, promulgado por los primeros concilios Ecuménicos de la iglesia primitiva, es una expresión preeminente de la fe apostólica. Aunque su lenguaje como el de todos los textos, está condicionado por la época y el contexto, sigue siendo el Credo más utilizado por los cristianos a través de los siglos, y sigue siéndolo hoy en todo el mundo. El hecho de que algunas iglesias no lo utilicen explícitamente litúrgica o catequéticamente, no debe interpretarse como un signo de que se han apartado de la fe apostólica. Con todo, la existencia de tales diferencias significa que las iglesias deben mantenerse atentas a los límites tolerables de la diversidad en la confesión de una fe.

73. La fe de la Iglesia debe ser vivida en respuesta activa a los desafíos de cada época y lugar. Se pronuncia ante situaciones individuales y colectivas, incluidas las situaciones de injusticia, de violación de la dignidad humana y de la degradación de la creación. Por ejemplo, cuando los cristianos confiesan que Dios es el creador de todas las cosas, reconocen la bondad de la creación y se comprometen a velar por el bienestar de la humanidad y por todo lo que Dios ha creado. Cuando los cristianos confiesan a Cristo crucificado y resucitado, se comprometen a dar testimonio del misterio pascual en las palabras y en los hechos. Cuando los cristianos confiesan al Espíritu Santo como Señor de la Vida, saben que ya son ciudadanos del cielo y se comprometen a discernir el don del Espíritu en sus vidas. Cuando los cristianos confiesan la Iglesia una, santa, católica y apostólica, se comprometen a manifestar y a promover la realización de estos atributos.¹⁶

B. El Bautismo

74. En el credo niceno-constantinopolitano, los cristianos confiesan "un solo bautismo para el perdón de los pecados". Mediante el Bautismo con agua en nombre del Dios Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo los cristianos se unen a Cristo, unos con otros y con la Iglesia de todos los tiempos y de todos los lugares. El bautismo es por tanto un vínculo básico de unidad. El reconocimiento del solo bautismo en Cristo constituye un llamamiento urgente que incita a las iglesias para superar sus divisiones y manifestar de forma visible su comunión en la fe y de ser co-responsables en todos los aspectos de la vida y del testimonio cristiano.

75. El Bautismo es la celebración de la nueva vida en Cristo y de la participación en el bautismo, la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo (Mt 3:13-17; Ro 6:3-5). El bautismo entraña la confesión de los pecados, la conversión de corazón, el perdón, la purificación y la santificación. El bautismo es el don del Espíritu Santo y el acto por el que el cristiano es incorporado en el Cuerpo de Cristo: es la participación en el Reino de Dios y en la vida del mundo futuro (Ef 2:6). El bautismo consagra al creyente como miembro del "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa" (1 P 2:9).

76. "El Bautismo no está solamente vinculado a una experiencia momentánea, sino en un crecimiento en Cristo toda la vida.¹⁷ Nutrido por el culto, el testimonio y las enseñanzas de la Iglesia, el creyente desarrolla su relación con Cristo y con los otros miembros del cuerpo de Cristo. En este proceso la fe del creyente, ya sea que haya sido bautizado en la infancia o por profesión personal de fe, se sustenta y se mide en relación con la fe de la Iglesia.¹⁸

77. Todos los seres humanos comparten en común el hecho de haber sido creados por la mano de Dios, el cuidado que les otorga la providencia divina, así como la forma en que participan en las instituciones culturales, económicas y sociales encargadas de preservar la vida humana. Por el hecho de estar bautizados, los cristianos están "revestidos de Cristo" (Gl 3:27), participan en la *koinonía* del Cuerpo de Cristo (1 Co 12:13), reciben el Espíritu Santo que es el privilegio de los hijos adoptivos de Dios (Ro 8:15 y siguientes), y gozan del anticipo de esa participación en la naturaleza divina que Dios promete y desea para la humanidad (2 P 1:4). Actualmente, la solidaridad de los cristianos con las alegrías y las tristezas de sus prójimos, su compromiso con las luchas por la dignidad de todos los que sufren, los excluidos, y los pobres, forma parte de su vocación de bautizados. Es el camino que les permite estar cara a cara con Cristo en su identificación con las víctimas de la injusticia y los marginados.

El Bautismo

Aunque las respuestas de las iglesias al documento BEM indican un alto grado de consenso sobre el bautismo, subsisten algunas cuestiones importantes:¹⁹

- (a) la diferencia entre las iglesias que bautizan a los niños y las que limitan el bautismo a los que pueden ejercer una profesión de fe personal;
- (b) la incapacidad de algunas iglesias de reconocer el bautismo efectuado por otras iglesias y la práctica relativa al “re-bautismo”;
- (c) los distintos puntos de partida y la evolución histórica de los términos “ordenanza” y “sacramento” (aunque es evidente que ambos se entienden como descripción del acto que conduce a los cristianos a la nueva vida en Cristo);
- (d) si el bautismo se puede entender mejor como causante de la realidad de la nueva vida en Cristo, o como reflejo de esa realidad;
- (e) la diferencia entre las iglesias que bautizan insistiendo en la fórmula trinitaria de conformidad con el mandamiento de Jesús (Mt 28:19-20) y aquellas otras iglesias que afirman que el bautismo “en nombre de Cristo Jesús” es más compatible con la práctica de los apóstoles (Hch 2:38);
- (f) la diferencia entre las iglesias que utilizan el agua como instrumento del bautismo y aquellas iglesias que creen que el bautismo Cristiano no requiere de ningún instrumento material;
- (g) las comunidades que creen que el bautismo con agua es necesario y aquellas comunidades que no celebran el bautismo, pero que, no obstante, consideran que participan en la experiencia espiritual de la vida en Cristo.

C. La Eucaristía

78. La comunión establecida en el bautismo está enfocada y manifestada en la Eucaristía. Hay una relación dinámica entre el bautismo y la Eucaristía. Se reafirma la fe bautismal y se da la gracia a los fieles para que puedan vivir fielmente su vocación cristiana.

79. La Cena del Señor es la celebración en la que los cristianos reunidos alrededor de la mesa del Señor reciben el cuerpo y la sangre de Cristo. Es una proclamación del Evangelio y la glorificación del Padre por todo lo que ha realizado en la creación, la redención y la santificación (doxología); es un memorial (*anamnesis*) de la muerte y la resurrección de Cristo Jesús y de lo que se cumplió una vez para siempre en la cruz; es una invocación del Espíritu Santo (*epiclesis*); es una intercesión; la comunión de los fieles y un anticipo del reino que ha de venir.

80. En 1 Co 10 y 11, Pablo hace hincapié en la relación entre la Cena del Señor y la naturaleza de la Iglesia. “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo un solo el pan, nosotros con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel

mismo pan” (1 Co 10:16-17). Asimismo, señala la atención sobre las consecuencias morales de la celebración. “Pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa” (1 Co 11:28).

81. Así como la confesión de la fe y el bautismo son inseparables de la vida de servicio y de testimonio, de la misma forma, la Misa exige la reconciliación y el compartir con todos los que se consideran hermanos y hermanas en la única familia de Dios y es una exhortación constante a la búsqueda de relaciones adecuadas en la vida política, económica y social (Mt 5:23 y siguientes; 1 Co 10:14; 1 Co 11:20-22). Debido a que la Cena del Señor es el Sacramento sobre el que se edifica la comunidad; de ahí que toda forma de injusticia, de racismo, de alienación y de privación de libertad se impugnen radicalmente cuando compartimos el cuerpo y la sangre de Cristo. A través de la Santa Comunión, la gracia de Dios que renueva todas las cosas penetra en la personalidad humana y restaura la dignidad humana. Por lo tanto, la Eucaristía nos obliga a participar activamente en la constante restauración del mundo y de la condición humana. El juicio de Dios que exige que nuestro comportamiento sea consistente con la presencia reconciliadora de Dios en la historia humana.

La Eucaristía

Aunque las respuestas de las iglesias a BEM indican un grado de consenso sobre la Eucaristía, subsisten algunas divergencias considerables:

En lo referente al concepto y la práctica de la Eucaristía, perdura la cuestión relativa a si acaso es principalmente una cena en la que los cristianos reciben el cuerpo y la sangre de Cristo, o si es ante todo un culto de acción de gracias.

Entre aquellos para quienes la Eucaristía es primeramente un culto de acción de gracias, existe una creciente convergencia en torno a su carácter de sacrificio. La divergencia que subsiste gira principalmente en torno a las cuestiones relativas a la manera en que el sacrificio de Cristo Jesús en el Calvario está presente en el acto de la Eucaristía. La utilización de la erudición bíblica y patrística ha permitido profundizar en el análisis del significado del término bíblico de *anamnesis* que ha sido una ayuda para reconciliar algunas de las diferencias. Sin embargo, algunos mantienen la opinión de que en los textos bíblicos y ecuménicos se le ha dado a este concepto mayor valor que el que tiene.

Entre las Iglesias persiste un desacuerdo en torno a la naturaleza y modo de la presencia de Cristo en la Eucaristía. Algunas divergencias considerables siguen vigentes en lo referente a la función y la invocación del Espíritu Santo en toda la celebración eucarística.

Una causa de preocupación sigue siendo el hecho de que no todos los cristianos comparten la comunión. Algunas iglesias consideran que la participación eucarística constituye tanto un medio para fomentar la comunión entre las iglesias divididas como su finalidad; otras iglesias no brindan hospitalidad eucarística, o la ofrecen bajo estrictas condiciones. Algunas iglesias invitan a todos los fieles que creen en Cristo Jesús a que reciban la comunión; otras iglesias invitan únicamente a aquellos que creen en Cristo Jesús, que están bautizados y tienen buena reputación en sus propias iglesias. Además, entre algunas otras iglesias la comunión eucarística se considera como la máxima expresión de unanimidad en la fe y la comunión en la vida. Según este concepto, la participación en la

Cena del Señor junto con otras iglesias que no pertenecen a la misma tradición, se convierte en una anomalía. Por consiguiente, para algunas iglesias, la práctica de la “hospitalidad Eucarística” es la antítesis del compromiso con la plena unidad visible.

Tras esta diversidad de prácticas, se plantean profundos problemas teológicos que hasta ahora no se han resuelto. Aunque en las últimas conversaciones teológicas bilaterales y multilaterales se ha logrado superar considerablemente los tradicionales desacuerdos, es evidente que hay una necesidad continua de crecer en la comprensión sobre la fe y práctica de las iglesias divididas.

D. El Ministerio de todos los Fieles

82. La Iglesia está llamada a servir a Dios en todos los tiempos y en todos los lugares, siguiendo el ejemplo del Señor que vino para servir y no para ser servido. La idea del servicio es el fundamento central de todo concepto bíblico del ministerio.

83. Cada cristiano recibe dones del Espíritu Santo para la edificación de la Iglesia y para su participación en la misión de Cristo. Estos dones son otorgados para el bien común (1 Co 12:7) e imponen la obligación de responsabilidad y de responsabilidad mutua hacia toda comunidad individual y local y, de hecho, a la Iglesia como un todo en cada nivel de su vida. Fortalecidos por el Espíritu, los cristianos están llamados a vivir su discipulado en diversas formas de servicio. La enseñanza de la fe y sus consecuencias morales se encomienda, en especial a los padres, aunque todos los fieles están llamados a dar testimonio del Evangelio en los hechos y en las palabras. Los catequistas y los teólogos prestan un servicio incalculable en la transmisión y profundización de nuestra comprensión de la fe. El seguimiento a Cristo, que vino a dar buenas nuevas a los pobres y a sanar a los enfermos (Lc 4: 18-19), constituye una poderosa motivación específicamente cristiana que alienta a los creyentes a participar en otras formas de servicio: en la educación y la salud, la caridad hacia los pobres y la promoción de la justicia, la paz y la protección del medio ambiente.

84. A través de su participación en Cristo, el único sacerdote de la nueva alianza (Heb 9:11), los cristianos constituyen un real sacerdocio llamados para ofrecer sacrificios espirituales (1 P 2) y para ofrecerse a sí mismos como sacrificio vivo (Ro 12:1) siguiendo el ejemplo del propio Jesús. Esa vocación es la base del testimonio potencialmente costoso de la Iglesia frente a la justicia y el deber de la intercesión.

85. De esta manera, todo cristiano, sobre la base de un solo bautismo en Cristo, debería procurar servir al mundo “proclamando la buena nueva a los pobres, pregonando libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; poniendo en libertad a los oprimidos”. Dicho en pocas palabras, a todos corresponde por igual la obligación de “predicar el año agradable del Señor”, en las diversas situaciones de necesidad en el mundo a través de todos los siglos (Lc 4:18,19).

E. El Ministerio Ordenado

86. Al llamar y enviar a los Doce y a sus otros apóstoles, Jesús sentó las bases de la proclamación permanente del Reino y del servicio de la comunidad de sus discípulos. Fieles a su ejemplo, desde los primeros tiempos, hay quienes han sido elegidos por la comunidad, orientados por el Espíritu Santo, y han recibido una autoridad y una responsabilidad

particulares. Los ministros ordenados están al servicio de la edificación de la comunidad, de la preparación de los santos para el ministerio y del fortalecimiento del testimonio de la Iglesia en el mundo (Ef 4:12-13). No pueden dejar de lado el apoyo y el estímulo constantes de la comunidad - en nombre de la cual han sido elegidos y para la que, han sido fortalecidos por el poder del Espíritu Santo, para actuar como personas representativas. Los ministros ordenados tienen una responsabilidad particular en relación con el ministerio de la Palabra y de los Sacramentos. Ejercen un ministerio de acompañamiento pastoral y de enseñanza y están encargados de dirigir la misión. De todas esas formas, fortalecen la comunión en la fe, la vida y el testimonio de todo el pueblo de Dios.

87. En el Nuevo Testamento, no hay un modelo único de designación para el ministerio. En diferentes épocas, el Espíritu ha llevado a la Iglesia a adaptar sus ministerios a las necesidades del contexto. Diversas formas de ministerio ordenado han recibido la bendición de dones del Espíritu. Por el siglo III, el triple ministerio de obispo, presbítero y diácono representaba el modelo generalmente aceptado. Muchas iglesias lo han conservado hasta el día de hoy, aunque con el correr del tiempo su ejercicio haya sufrido considerables modificaciones en la práctica. Actualmente ese modelo continúa transformándose en la mayoría de las iglesias. Otras iglesias han desarrollado otros modelos de ministerio.

88. La responsabilidad principal del ministerio ordenado consiste en reunir y edificar el cuerpo de Cristo, proclamando y enseñando la Palabra de Dios, celebrando el bautismo y la Eucaristía y guiando la vida de la comunidad en el culto, su misión y en su servicio. No sólo sus palabras son esenciales para ese testimonio de la Iglesia, sino también el amor de sus miembros unos para con otros, la calidad de su servicio a los necesitados, una vida justa y disciplinada, así como una forma equitativa de repartir y ejercer el poder.

89. A lo largo de la historia, la Iglesia ha elaborado varias formas para mantener su apostolicidad a través de los tiempos, en circunstancias y en contextos culturales diferentes: el canon de la Escritura, el dogma, el orden litúrgico, las estructuras que trascienden el nivel de las comunidades locales. El ministerio ordenado está destinado a servir de manera específica la continuidad apostólica de la Iglesia en su conjunto. En este contexto, la sucesión en el ministerio es un medio al servicio de la continuidad apostólica de la Iglesia. Esa continuidad apostólica encuentra su principal expresión en el acto de la ordenación, cuando la Iglesia en su totalidad, por mediación de sus ministros ordenados, participa en la ordenación de los que han sido elegidos para ejercer el ministerio de la Palabra y Sacramento.

El Ministerio ordenado

Aunque el documento BEM y las respuestas al mismo, las conversaciones multilaterales y bilaterales, y los procesos de unión iniciados por las iglesias, han permitido identificar los puntos de convergencia sobre el ministerio ordenado, aún quedan muchos puntos por examinar más:

- (a) la ubicación del ministerio ordenado: en el pueblo de Dios, con él o por encima de él;
- (b) la presidencia de la Eucaristía;
- (c) el triple ministerio como medio y como expresión de la unidad;
- (d) el Sacramento de la ordenación;
- (e) la ordenación restringida a hombres para el ministerio de la Palabra y de los

- sacramentos;
- (f) la relación entre la sucesión apostólica del ministerio y la continuidad apostólica de la Iglesia en su totalidad;
 - (g) las formas en que la ordenación se considera como un elemento constitutivo de la Iglesia.

F. La Supervisión: personal, comunitaria y colegiada

90. La Iglesia, como cuerpo de Cristo y pueblo escatológico de Dios, es edificada por el Espíritu Santo mediante diversos dones o ministerios. Esa diversidad de dones requiere un ministerio de coordinación, a fin de que esos dones puedan enriquecer a toda la Iglesia, a su unidad y a su misión. El fiel ejercicio del ministerio de *episkopé* bajo el Evangelio es una exigencia de importancia fundamental para la vida y la misión de la Iglesia. La responsabilidad de los que están llamados a ejercer la supervisión pastoral no puede asumirse sin la colaboración, el apoyo y el acuerdo de toda la comunidad. Al mismo tiempo, la fidelidad y la acción eficaz de la comunidad están apoyadas por un ministerio de dirección escogido para guiar a la comunidad en su misión, su enseñanza y su vida comunitaria.

91. Durante los primeros siglos, la comunión entre las comunidades locales, que se había mantenido hasta entonces gracias a una serie de contactos informales, como visitas, cartas, ofrendas, se fue expresando cada vez más en formas institucionales. Se trataba de mantener la comunión entre las comunidades locales, de preservar y de transmitir la verdad apostólica, de apoyarse mutuamente, y de guiar a los creyentes en el testimonio del Evangelio. El término *episkopé* abarca todas esas funciones.

92. La evolución específica de las estructuras de la *episkopé* ha variado en función de las diferentes regiones de la Iglesia: esto es válido tanto para la expresión colegiada de la *episkopé* en los sínodos como para su representación en la persona de cada uno de los obispos. La concentración de la mayoría de las funciones episcopales en las manos de una sola persona (*episkopos*) se introdujo mucho más tarde en algunos lugares que en otros. De todos modos, queda claro que la *episkopé* y el sistema episcopal sirven para mantener la continuidad en la verdad apostólica y en la unidad de vida.

93. En el siglo XVI, comenzó a ejercerse el ministerio de supervisión de diversas maneras en las iglesias que adquirieron su identidad a través de la Reforma continental. Los reformadores querían volver a la apostolicidad de la Iglesia que consideraban había sido corrompido, se vieron confrontados con la alternativa de permanecer fieles a las estructuras eclesiásticas que habían heredado o continuar fieles a la apostolicidad de la Iglesia y, en este caso, aceptar de romper con la estructura global de la Iglesia, incluyendo el ministerio de primacía universal. Sin embargo, consideraban que era necesario tener un ministerio de *episkopé*, que las iglesias de la Reforma organizaron de diversas maneras. Algunas han ejercido la *episkopé* en forma sinodal. Otras han conservado o han creado ministerios de *episkopé* personales, aunque algunos conservaban el signo de la sucesión episcopal histórica.

La *episkopé*, los obispos y la sucesión apostólica

Una de las cuestiones más difíciles que dividen a las comunidades cristianas tiene que ver con esta forma del ministerio y su relación con la apostolicidad de la Iglesia. Al enfocar

esta cuestión de manera muy precisa, cabe observar que las iglesias siguen divididas si es que el episcopado histórico - en el sentido de obispos ordenados según la sucesión apostólica, que se remonta a las primeras generaciones de la Iglesia – es un elemento necesario del orden eclesial, tal como lo había concebido Cristo para su comunidad, o si es meramente una forma de estructura de la iglesia que, debido a la tradición resulta particularmente provechoso para la comunidad actual, pero que no es fundamental. Ahora bien, otras comunidades no ven la necesidad de privilegiar la estructura episcopal e, incluso, consideran que es preferible evitar esta tendencia puesto que consideran que se puede prestar a abusos.

La reflexión ecuménica sobre el concepto más general del ministerio de *episkopé*, tal como se ha señalado en los párrafos anteriores, ha permitido sacar a la luz los paralelos que hasta ahora no se habían reconocido, que existen entre las iglesias episcopales y las que no lo son, en la manera en que se ejerce la supervisión. Además, ambas categorías de iglesias han logrado reconocerse la una a la otra un cierto grado de apostolicidad, aunque persiste el desacuerdo sobre la necesidad de la función de los obispos.

94. A través de las funciones comisionadas del ministerio ordenado, la Palabra, el Sacramento y la disciplina, Dios no solo proclama el anuncio de su Reino, sino que también revela su cumplimiento. Esa es la base del ministerio conocido como *episkopé*, que significa tanto supervisión como visitación. Como cualquier otro aspecto del ministerio, *episkopé* pertenece a la vez a toda la iglesia y se comisiona como un cargo particular a determinadas personas. Por este motivo, a menudo se afirma que a todo nivel de la vida de la Iglesia, el ministerio debe ejercerse de manera personal, comunitaria y colegiada. Cabe recordar que “personal”, “comunitaria” y “colegial” no solo se refieren a estructuras y procesos particulares, sino que describen la realidad informal de los lazos de la *koinonía*, la pertenencia y la responsabilidad mutuas en la vida actual común de la Iglesia en progreso..

(I) Personal

95. Gracias al discernimiento de la comunidad y bajo la dirección del Espíritu Santo, Dios llama a algunas personas a ejercer el ministerio de *episkopé*. La *episkopé* no debe entenderse como la función que ejercen solo los ministros que en numerosas iglesias son designados como obispos. La *episkopé* debe ejercerse siempre dentro y en toda la Iglesia. El Espíritu que da poder a los que están encargados de ese ministerio es el mismo Espíritu que anima la vida de todos los creyentes. Por ello, los que ejercen la *episkopé* están unidos de forma indisoluble a todos los creyentes. Los que ejercen la *episkopé* tienen el deber, en particular, de velar por la comunidad y llamarla a la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad de la Iglesia. Al discernir las vocaciones y al ordenar a otros para compartir el ministerio de la Palabra y los Sacramentos, tienen en cuenta la continuidad de la vida de la Iglesia. Una importante dimensión en el ejercicio de su *episkopé* es velar por la unidad de la comunidad, una unidad que entraña no solo el amor de los miembros los unos por los otros, sino también su confesión común de la fe apostólica, su sustento por la Palabra y su vida de servicio común en el mundo.

(II) Comunitaria

96. Una de las funciones de la *episkopé* consiste en velar por la participación de toda la comunidad en lo que constituye su vida común, y por el discernimiento en la mente de los

fieles. La vida comunitaria de la Iglesia se basa en el Sacramento del bautismo. Todos los bautizados comparten una responsabilidad por la fe y el testimonio apostólico de toda la Iglesia. La dimensión comunitaria de la vida de la Iglesia se remite al compromiso de todo el cuerpo de los fieles en la consulta común, a veces por medio de estructuras representativas y constitucionales, sobre el bienestar de la Iglesia y su compromiso común al servicio de la misión de Dios en el mundo. La vida comunitaria mantiene a todos los bautizados en una red de pertenencia, de responsabilidad y apoyo mutuos. Entraña la unidad en la diversidad, y se expresa en un mismo corazón y mente (Flp 2:1-2). Es la forma en que los cristianos se mantienen en la unidad y caminan juntos, como Iglesia una; que se manifiesta en la vida de cada iglesia local.

(III) Colegiada

97. El capacitar a la Iglesia para vivir de conformidad con la misión de Cristo es un proceso continuo en el que participa toda la comunidad, pero, en ese marco, la reunión de las personas encargadas de la *episkopé* desempeña un papel especial. La colegialidad se remite al ejercicio colectivo de representación en los ámbitos de la dirección, la consulta, el discernimiento y la toma de decisiones. La colegialidad entraña la naturaleza personal y relacional de la dirección y de la autoridad. La colegialidad se manifiesta siempre que aquellos que están encargados de la *episkopé* se reúnen, disciernen, se expresan y actúan como una sola persona, en nombre de toda la Iglesia. Esto implica dirigir la Iglesia mediante la sabiduría que dan la oración, el estudio y la reflexión comunes, inspirándose en las Escrituras, la tradición y la razón - la sabiduría y la experiencia de todas las comunidades eclesiales a través de los siglos. Mantener la colegialidad implica evitar que se cierre el debate prematuramente, velar por que se expresen las diferentes opiniones, escuchar la opinión de expertos y recurrir a los recursos de fuentes eruditas. Una supervisión colegiada debería permitir a la Iglesia vivir en comunión tratando de discernir el Espíritu de Cristo. Da lugar a los que tienen opiniones diferentes, preservando y predicando la unidad e incluso exhortando a una cierta circunspección en el ejercicio de la dirección espiritual y moral. El hecho de expresarse colegiadamente puede significar reflejar en la comunidad la imagen de la diversidad auténtica que existe en la vida de la Iglesia.

98. A causa de la separación de las iglesias, los ministros de nuestras comunidades divididas han ejercido relativamente poco la *episkopé* o el testimonio en la sociedad. El movimiento ecuménico puede servir de estímulo para invitar a los dirigentes eclesiales a estudiar la posibilidad de trabajar conjuntamente, con medios adecuados, en nombre de sus comunidades y como expresión de su preocupación por todas las iglesias (2 Co 11:28) y en testimonio común frente a la sociedad.

G. La Conciliaridad y la Primacía

99. El ministerio y la supervisión, tal como se han planteado en las dos secciones previas, se ejercen a nivel local y a nivel regional. Además, el diálogo ecuménico ha conducido a las iglesias a preguntarse, si es posible, y cómo podrían actuar en la iglesia como una comunión que existe en todo el mundo. La conciliaridad y la primacía entrañan el ejercicio del ministerio en todos los niveles, incluso dentro de este contexto más amplio. La conciliaridad es un rasgo esencial de la vida de la Iglesia, basado en el bautismo común de sus miembros (véase 1 P 2: 9-10; Ef 4:11-16). Bajo la guía del Espíritu Santo, toda la Iglesia, dispersa o reunida, es conciliar. Así pues, la conciliaridad caracteriza a todos los niveles de la vida de la Iglesia y ya existe en las relaciones entre los miembros de las comunidades locales más

pequeñas; según Gálatas 3:28 - "Sois uno en Cristo Jesús"-, excluyendo toda división, de dominación, de sumisión y todas las formas negativas de discriminación. En la comunidad eucarística local, la conciliaridad es la profunda unidad entre sus miembros en el amor y en la verdad, así como entre ellos y el ministro que preside la Eucaristía. Esta dimensión conciliar también se expresa en las ocasiones más amplias de comunión cristiana, algunas a nivel regional y en otras, incluso, se procura atraer la participación de toda la comunidad cristiana. La interrelación de la vida de la Iglesia se expresa entre las comunidades cristianas a diferentes niveles geográficos, "todos en cada lugar" vinculado a "todos en todos los lugares".

100. En situaciones críticas, los sínodos, tanto hoy como en el pasado, se reúnen para discernir la verdad apostólica frente a una amenaza o un peligro que se cierne sobre la vida de la Iglesia confiando en la dirección del Espíritu Santo, a quien Jesús prometió enviar tras su retorno al Padre (Jn 16:7. 12-14; Hch 15:28). Cuando los sínodos reunieron a los dirigentes de la comunidad cristiana mundial, fueron llamados "ecuménicos", a condición de que sus decretos fuesen recibidos por toda la Iglesia. Su aceptación por parte de toda la Iglesia es un reconocimiento del importante papel que han desempeñado en la promoción y el mantenimiento de la comunión universal.

101. Cada vez que personas, comunidades o iglesias se reúnen para celebrar un consejo y tomar decisiones importantes, es necesario que alguien convoque y presida esa reunión en nombre del buen orden a fin de facilitar el proceso de promover, discernir y expresar el consenso. Los que presiden tienen que estar siempre al servicio de aquellos entre los que ejercen su presidencia, para la edificación de la Iglesia de Dios en el amor y la verdad. La presidencia tiene el deber de respetar la integridad de las iglesias locales, de dar la palabra a los que no tienen ocasión de expresarse y de defender la unidad en la diversidad.

102. La palabra primacía fue utilizada por los primeros Consejos Ecuménicos en referencia a la antigua práctica, mediante la cual, los obispos de Alejandría, Roma y Antioquía, y más tarde los obispos de Jerusalén y Constantinopla, ejercían un ministerio personal de supervisión sobre un sector mucho más extenso que sus provincias eclesiales individuales. Este hecho indica que la primacía se refiere al ejercicio personal del ministerio de supervisión, pero también significa, puesto que los consejos afirmaban este ejercicio, que esa supervisión no se oponía a la conciliaridad, la cual expresa más el servicio comunitario y colegial ante la unidad. En la historia, han existido formas de primacía de distintos niveles, algunas han sido más amplias, como las de los patriarcados, mientras que otras han sido más limitadas. Según el canon 34 de los Cánones Apostólicos, el primero de los obispos tomaría una decisión solo de común acuerdo con los otros obispos, y estos últimos no tomarían una decisión importante sin el acuerdo del primero.

103. Desde las primeras épocas, la primacía al servicio de la misión y la unidad se convirtió en una cuestión compleja debido a aspectos relativos a la jurisdicción e incluso a la competitividad entre patriarcados. Las ideas se polarizaron aún más con el desarrollo del papado y las crecientes reivindicaciones a favor de la jurisdicción directa, inmediata y universal del Obispo de Roma sobre la totalidad de la Iglesia. No obstante, en los años recientes, tanto el acercamiento ecuménico como la mundialización han propiciado un clima, en el cual una primacía universal puede considerarse como un don y no como una amenaza para otras iglesias y para las características distintivas de su testimonio.

104. Gracias en parte al progreso ya logrado en las conversaciones bilaterales y multilaterales, en la Quinta Conferencia Mundial sobre Fe y Constitución, se planteó la

cuestión relativa a “un ministerio universal de unidad cristiana”. El Papa Juan Pablo II citó este texto en su encíclica “Ut Unum Sint”,²⁰ invitando a los dirigentes eclesiales y a sus teólogos a “entablar un diálogo paciente y fraternal” en torno a este ministerio. Este hecho ha suscitado un debate cada vez más abierto. En las conversaciones siguientes, a pesar de la persistencia de los ámbitos de desacuerdo, parece haber creciente apertura en el diálogo acerca del ejercicio de un ministerio universal para apoyar la misión y la unidad de la iglesia”, y consenso en que dicho ministerio debería ejercerse en forma comunitaria y colegial. Dado que se trata de una cuestión ecuménica delicada, es importante hacer una distinción entre la esencia de la primacía y cualquier forma particular en que se haya practicado en el presente y en el pasado.²¹

Conciliaridad y primacía universal

Aún queda mucho por hacer para lograr una convergencia preliminar sobre este tema. Actualmente, los cristianos no están de acuerdo en que el ministerio universal de conciliaridad o de primacía sea necesario o admisible para la unidad y la misión de la iglesia. Esta falta de acuerdo no se manifiesta solamente entre ciertas familias de iglesias, sino que existe también al interior de algunas iglesias. Para avanzar, será necesario lograr un consenso dentro de cada iglesia y entre las iglesias.

Ha habido un considerable debate ecuménico sobre la evidencia que podamos hallar en el Nuevo Testamento que muestre un ministerio que se pone al servicio de una unidad más amplia de la Iglesia, como el de San Pedro o de San Pablo. No obstante, subsisten las divergencias acerca de la importancia de sus ministerios y lo que pudiesen significar en lo referente a la intención de Dios de señalar alguna forma de ministerio universal al servicio de la unidad y la misión de la Iglesia

H. La Autoridad

105. El ministerio de Jesús se caracterizaba por la autoridad y la curación que se ponía al servicio de los seres humanos. Esta autoridad se despoja a sí misma con el “poder para poner su vida” (Jn 10:17-18). La justificación de esta autoridad es escatológica (1 Co 15:28).

106. La autoridad es relacional e interdependiente. El tema eclesiológico de la recepción pone de relieve la relación que existe entre la autoridad y la comunión (Jn 1:1-12). El ejercicio de autoridad del propio Cristo se muestra en el lavado de pies de sus discípulos (Jn 13:1-17). En San Mateo 28:18-20 se da testimonio de que Jesús dio a sus discípulos el mandato de enseñar en todo el mundo vinculando su misión a la celebración de la iniciación cristiana en el bautismo, así como a la fe en la Santa Trinidad. En el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles, Jesús afirma que el poder del Espíritu Santo vendría a los discípulos y les daría autoridad para que le sean testigos hasta lo último de la tierra (Hch 1:7-8): “nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Co 12:3).

107. Toda autoridad de la Iglesia proviene de Dios y está marcada por la santidad de Dios. Esta autoridad es efectiva cuando la santidad emana de la vida de los cristianos y de la comunidad Cristiana ordenada fiel a las enseñanzas divinas. Todas las fuentes de autoridad reconocidas en distintos grados por las iglesias como son las Santas Escrituras, la tradición, el culto, los sínodos, también reflejan la santidad del Dios Trino.

108. El acto de ordenación es un ejemplo del aspecto comunitario de la autoridad en la iglesia. En la ordenación, tanto el acto de ordenación del ministro como el consentimiento de los fieles son elementos necesarios.

IV. EN EL MUNDO Y POR EL MUNDO

109. El motivo de la misión de Jesús ha sido expresado brevemente en las palabras: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Jn 3:16). Por lo tanto, la primera y la más importante actitud de Dios para con el mundo es el amor para toda mujer, hombre y niño, que haya nacido en la historia de la humanidad.²² El Reino de Dios, que Jesús predicaba en las parábolas y que inauguró en sus poderosas obras, particularmente, en el misterio pascual de su muerte y resurrección, es el destino final de todo el universo. Una de las convicciones en las que se basa este documento es que el propósito de Dios no había sido que la Iglesia fuese un fin en sí misma; sino que fuese un instrumento en manos de Dios, para la transformación del mundo. Por lo tanto, el servicio (*diakonia*) forma parte de la propia esencia de la Iglesia.²³

110. La proclamación del Evangelio a todas las criaturas (Mr 16:15) es uno de los servicios más valiosos que los Cristianos ofrecen al mundo. Por lo tanto, la evangelización constituye la tarea primordial de la iglesia en obediencia al mandamiento de Jesús (Mt 28:18-20). No hay contradicción entre la evangelización y el respeto hacia los valores importantes de cualquier otra fe.

111. La Iglesia es la comunidad de los que están llamados por Dios y que, por el Espíritu Santo, están unidos con Jesucristo y son enviados como discípulos para dar testimonio de la acción de reconciliación, de curación y de transformación de Dios en favor de la creación. El discipulado se basa en la vida y la enseñanza de Jesús de Nazaret, testificados en la Escritura. Los cristianos están llamados a dar respuesta a la Palabra viva de Dios, obedeciendo a Dios en lugar de cualquier “verdad humana” (Hch 5:29), arrepintiéndose de sus acciones pecaminosas, perdonando a los otros y viviendo una vida de servicio que no se detiene ante el sacrificio. El origen de su pasión por la transformación del mundo reside en su comunión con Dios en Jesucristo. Crean que Dios, que es amor, misericordia y justicia absolutos, actúa por su mediación gracias al poder del Espíritu Santo.

112. En el mundo que “amó Dios” (Jn 3:16), los Cristianos no solo se encuentran ante situaciones de armonía y prosperidad, de progreso y esperanza, sino que también son testigos de problemas y tragedias, que a veces llegan a niveles inimaginables, y que obligan a los Cristianos a responder como discípulos de Aquel que sanaba a los ciegos, los paralíticos y leprosos, que recibía a los pobres y los marginados, y que desafiaba a las autoridades que mostraban poco respeto por la dignidad humana y la voluntad de Dios. Precisamente a causa de su fe, las comunidades cristianas no pueden cruzarse de brazos frente a las calamidades que afectan a la salud humana, como las hambrunas, las catástrofes naturales, y la pandemia del VIH/SIDA. La fe les impulsa a obrar en pro de un orden social más equitativo, según el cual los bienes de esta tierra, que pertenecen a todos sus habitantes, deben distribuirse más equitativamente, a fin de aliviar el sufrimiento de los pobres y lograr algún día eliminar totalmente la miseria. Los Cristianos como seguidores de Aquel a quien festejan en las Navidades como “Príncipe de la Paz”, deben fomentar la paz, especialmente buscando resolver las causas de la guerra (algunas de cuyas principales causas son la injusticia económica, el racismo, el odio étnico y religioso, el nacionalismo, y el empleo de la violencia como medio para resolver las divergencias, y la opresión). Jesús dijo que El había venido para que los seres humanos tuviesen vida en abundancia (Jn 10:10); sus seguidores deben defender la vida y la dignidad humanas. Cada contexto tiene sus propias características, las cuales permiten el discernimiento de la actitud cristiana más adaptada a las circunstancias presentes. Incluso en la actualidad, las comunidades cristianas divididas intentan y logran a veces actuar

juntas con ese discernimiento para dar alivio al sufrimiento de los seres humanos y para propiciar la creación de una sociedad más compatible con su dignidad y con la voluntad de su Padre que está en el Cielo que les ama.

113. La comunidad cristiana vive siempre en la esfera del perdón y de la gracia de Dios. Esta gracia suscita y forja la vida moral de los creyentes. El discipulado exige un compromiso moral. Los miembros de la Iglesia, en su fidelidad y en su infidelidad, en su virtud y en su pecado, confían, en todo momento de su vida, en el perdón y en la gracia renovadora de Dios. La Iglesia no se apoya en los logros morales sino en la justificación por la gracia, por medio de la fe. No es de poca importancia para la unidad de la Iglesia, el hecho de que, en los últimos años, las dos comunidades, cuya separación había marcado el comienzo de la Reforma, hayan logrado un consenso en torno a los aspectos centrales de la doctrina de la justificación por la fe, que había sido la causa primordial de su división.²⁴ Es sobre la base de esta fe y gracia que puede afirmarse que el compromiso moral, la acción y la reflexión comunes son inherentes a la vida y al ser de la Iglesia.

114. La ética de los cristianos como discípulos se relaciona tanto con la Iglesia como con el mundo.²⁵ Está arraigada en Dios, el creador y revelador, y se configura a medida que la comunidad intenta comprender la voluntad de Dios en las distintas circunstancias, según la época y el lugar. La Iglesia no se mantiene apartada de las luchas morales de la humanidad en su totalidad. Los cristianos pueden y deben unirse a los seguidores de otras religiones, así como a todas las personas de buena voluntad, para fomentar no solo la toma de decisiones morales personales, que consideren primordiales para la realización genuina de la persona humana, sino también para defender los ideales sociales, como la justicia, la paz y la protección del medio ambiente. Así pues, la obediencia cristiana exige que los creyentes examinen a fondo las cuestiones éticas complejas que afectan tanto a su vida personal como al ámbito público de la política social, y que su reflexión se traduzca en hechos. Una Iglesia que intenta ser invisible deja de ser una iglesia de discípulos.

115. Los cristianos no solo deben proclamar los valores del Reino de Dios trabajando conjuntamente con los seguidores de otras religiones, e incluso, con los que no tienen creencia religiosa, sino que, además, les incumbe la obligación de dar testimonio del Reino en los ámbitos de la política y de la economía. Particularmente, a pesar de los peligros y tergiversaciones, la relación entre la Iglesia y el Estado ha sido, a lo largo de los siglos, un espacio para la actuación cristiana en pro de la transformación de la sociedad, de conformidad con las líneas que Cristo dejó trazadas en el Evangelio. Hay múltiples factores históricos, culturales y demográficos que condicionan la relación entre la Iglesia y el Estado y entre la Iglesia y la sociedad.²⁶ Una de las expresiones de la diversidad o catolicidad de la Iglesia se encuentra en la variedad de modelos que adoptan estas relaciones frente a las estructuras de la sociedad. En cada instancia, Jesús llama explícitamente a sus discípulos para que sean “la sal de la tierra y la luz del mundo” (Mt 5:13-16) y para que proclamen el Reino (cuya función en la sociedad es comparable a la levadura que hace que toda la masa se fermente (Mt 13:33)), e invita a los cristianos a colaborar con las autoridades de la política y de la economía en la promoción de los valores del Reino de Dios, y a oponerse a las políticas y las iniciativas que los contradicen. De esa manera, los cristianos se mantienen en la tradición de los profetas que proclamaron el juicio de Dios contra toda injusticia.

116. Puede ocurrir que algunas cuestiones éticas desafíen la integridad de la propia comunidad cristiana y hagan que sea necesario adoptar una posición común para preservar su autenticidad y credibilidad. La *koinonía* en relación con la ética y la moral significa que es en

la Iglesia, junto con la confesión de la fe y la celebración de los Sacramentos (y como parte inseparable de éstas) en la que se interroga constantemente a la tradición del Evangelio en búsqueda de inspiración moral y discernimiento. En aquellas situaciones en que los cristianos o las iglesias no estén de acuerdo con una posición ética, es necesario proseguir el diálogo para intentar superar esas divergencias y, si no fuese posible, para saber si realmente esas divergencias dividen a las iglesias

117. Los cristianos y sus comunidades están llamados a ser responsables mutuamente en sus reflexiones y sus decisiones en materia ética. Esta interrelación se manifiesta en el compañerismo recíproco en que cada uno da y recibe (Flp 4:15). Cada vez que las iglesias se comprometen en un proceso de cuestionamiento y de afirmación mutuos, dan expresión de lo que comparten en Cristo. Los cristianos se comprometen juntos en ese servicio al mundo, glorificando y alabando a Dios y buscando esa plena *koinonía* en la que se realiza la vida que Dios quiere para todas sus criaturas y para el conjunto de la creación.

118. “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él (Jn 3:17). El Nuevo Testamento concluye con la visión de un nuevo cielo y una tierra nueva, transformados por la gracia de Dios (Ap 21:1-22:5). Este nuevo mundo es una promesa para el fin de la historia, pero aún ahora la Iglesia, que avanza a través del tiempo en una peregrinación de fe y esperanza, llama en adoración “Ven Señor Jesús” (Ap 22:20). Cristo ama a la Iglesia como el marido ama a su mujer (Ef 5:25) y, hasta las bodas del Cordero en el Reino del cielo (Ap 19:7) comparte con ella su misión de iluminación y de curación de todos los seres humanos hasta que venga nuevamente envuelto en la gloria.

CONCLUSIÓN

119. En los últimos años, el Movimiento Ecuménico elaboró numerosos textos de acuerdo relativos a las interpretaciones convergentes sobre la fe y constitución de la Iglesia, de los cuales el más conocido es el documento Bautismo, Eucaristía y Ministerio. Estas interpretaciones convergentes han desafiado a algunas iglesias a integrar en sus vidas las consecuencias de esas afirmaciones comunes. En casi todas las partes del mundo, se han puesto en práctica o son objeto de examen en las iglesias, propuestas significativas a fin de avanzar hacia una mejor expresión de la unidad visible. Es una realidad ecuménica que merece destacarse.

120. El progreso se ha manifestado concretamente en la forma en que las iglesias, en función de diferentes criterios y en diversos grados, han iniciado los procesos de recepción, avanzando hacia el reconocimiento mutuo, o, al menos, hacia el reconocimiento de la fe y la vida cristianas más allá de los límites preconcebidos que ellas les asignan oficialmente. Algunas de esas iglesias han logrado acceder incluso a un estadio de reconocimiento mutuo.

121. Ahora bien, esta convergencia no ha sido recibida en todas partes. Ha habido casos importantes de retraimiento en algunas áreas, lo cual suele traducirse a un retorno a un confesionalismo de espíritu antiecuménico. También hay ejemplos de no recepción que son el resultado de convicciones teológicas profundamente arraigadas o de fallos del propio trabajo ecuménico. Todas las iglesias a todos los niveles de su vida, están llamadas a comprometerse en la tarea de articular conjuntamente una concepción común de la identidad cristiana: que es el carácter dinámico y peregrino del pueblo de Dios llamado constantemente al arrepentimiento y la renovación

122. Al final, la recepción de los resultados de la convergencia teológica nos conducirá hacia lo que se ha exhortado en la Declaración de Canberra: "El objetivo de la búsqueda de la plena comunión se cumplirá cuando todas las iglesias sean capaces de reconocerse unas en otras a la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica en toda su plenitud", y que puedan expresarlo en una vida común reconciliada.

NOTAS

¹ “Faith and Order By-Laws”, 3.1, in Faith and Order at the Crossroads: The Plenary Commission Meeting, Kuala Lumpur 2004, obra de Thomas F. Best, Texto Fe y Constitución N° 196, Ginebra, Publicaciones del CMI, 2005, pág. 450.

² The Ecumenical Movement, An Anthology of Key Texts and Voices, obra de Michael Kinnamon y Brian E. Cope, Ginebra y Grand Rapids, CMI y Wm B. Eerdmans, 1997, págs. 124-25.

³ Towards A Common Understanding and Vision of the World Council of Churches: A Policy Statement, Ginebra, Consejo Mundial de Iglesias, Septiembre 1997.

⁴ Texto Fe y Constitución N° 111, Ginebra, Consejo Mundial de Iglesias, 1982.

⁵ Texto Fe y Constitución N° 153, Ginebra, Consejo Mundial de Iglesias, nueva versión revisada 4ª. publicación, 1996.

⁶ Texto Fe y Constitución N° 151, 2ª., publicación revisada, Ginebra, Publicaciones del CMI, 1990.

⁷ Texto Fe y Constitución N° 181, Ginebra, Consejo Mundial de Iglesias/Comisión de Fe y Constitución, 1998.

⁸ “Véase “Towards a Common Understanding of the Church: Reformed-Roman Catholic Dialogue,” § 96, in Growth in Agreement II: Reports and Agreed Statements of Ecumenical Conversations on a World Level, 1982-1998, Texto Fe y Constitución N° 187, obra de Jeffrey Gros, Harding Meyer, William G. Rusch, Ginebra y Grand Rapids, Publicaciones del CMI y Wm. B. Eerdmans, 2000, pág. 802.

⁹ Confessing the One Faith, § 240.

¹⁰ Véase Informe de la sección II: “Multiplicity of Expression of the One Faith”, §§ 13-22, en On the Way to Fuller Koinonia: Official Report of the Fifth World Conference on Faith and Order, Eds. Thomas F. Best y Günther Gassman, Faith & Order Paper N° 161, Ginebra, Publicaciones del CMI, págs. 240-242.

¹¹ Véase párrafo 12 del presente documento de estudio.

¹² Véase A Treasure in Earthen Vessels: An Instrument for an Ecumenical Reflection on Hermeneutics, Faith & Order Paper N° 182, Ginebra, Consejo Mundial de Iglesias, 1998, párrafo 49 y siguientes, y el proyecto de texto del estudio de Fe y Constitución sobre Identidad étnica, identidad nacional y la búsqueda de la unidad de la Iglesia: “Participating in God’s Mission of Reconciliation: A Resource for Churches in situations of conflict”, Documento de Fe y Constitución no. 201, Ginebra, Consejo Mundial de Iglesias.

¹³ A Treasure in Earthen Vessels, § 38.

¹⁴ Véase Confessing the One Faith.

¹⁵ A Treasure in Earthen Vessels, Sección B, 1 (§§38-42).

¹⁶ Véase § 12 del presente documento de estudio.

¹⁷ Sección “El Bautismo”, Bautismo, Eucaristía y Ministerio, § 9.

¹⁸ Véase el texto en proceso de redacción del estudio de Fe y Constitución sobre el Bautismo: “One Baptism: Towards Mutual Recognition” FO/2005:-06, junio 2005, § 35.

¹⁹ Se espera que el estudio de Fe y Constitución sobre el Bautismo que actualmente está en preparación permita resolver estos problemas que aún subsisten. Véase el texto en vías de redacción del estudio de Fe y Constitución sobre Bautismo: “One Baptism: Towards Mutual Recognition”, FO/2005:06, junio 2005.

²⁰ Juan Pablo II, Ut Unum Sint: Epístola, Encíclica del Santo Padre Juan Pablo II sobre el Compromiso hacia el Ecumenismo, Londres, Catholic Truth Society, 1995, § 96.

²¹ Todo “ministerio universal de la unidad cristiana” debe ejercerse de manera comunitaria y colegiada, como se refleja en la perspectiva sobre el ministerio que se expresa en el capítulo “Ministerio” § 26 de Bautismo, Eucaristía y Ministerio.

²² Véase el documento de estudio de Fe y Constitución sobre antropología teológica: Theological Anthropology, Christian Perspectives on Theological Anthropology Faith & Order Paper N° 199, Ginebra, Consejo Mundial de Iglesias, 2005, sección II.

²³ Véase Church and World, passim.

²⁴ Véase Joint Declaration on the Doctrine of Justification, La Federación Luterana Mundial y la Iglesia Católica Romana, edición en lengua inglesa, Grand Rapids, Michigan y Cambridge, Reino Unido, William B. Eerdmans Publishing Company, 2000; disponible en línea en <http://www.elca.org/ecumenicaldialogue/romancatholic/jddj/declaration.html>.

²⁵ Véase el texto en proceso de redacción del estudio de Fe y Constitución sobre Bautismo: “One Baptism: Towards Mutual Recognition”, § 58, §77.

²⁶ Véase el proyecto de texto de estudio de Fe y Constitución sobre Identidad étnica, identidad nacional y la búsqueda de la unidad de la iglesia: Participando en la misión de reconciliación de Dios, un recurso para iglesias en situaciones de conflicto , Documento de Fe y Constitución no. 201, Ginebra, Consejo Mundial de Iglesias. Sección IV, A.